

REVISTA EUROPEA.

Núm. 87

24 DE OCTUBRE DE 1875.

AÑO II.

UN ARBITRIO PARA GOBERNAR Á ESPAÑA.

Continuacion. *

A idéntico reparo da lugar el estudio de las secciones del ministerio de Marina. Enhorabuena que en el Almirantazgo, en la seccion de armamentos, en la de construcciones y en la de artillería haya oficiales facultativos de cada uno de esos ramos; pero no será fácil convencernos de que sean de provecho ni tengan aplicacion el manejo del sextante ni los demas conocimientos de un marino en el despacho de los asuntos del personal ni en el casuismo y tramitacion formularia de los expedientes de una oficina. Hay, sin embargo, dedicados á ese oficio 3 capitanes de navio, 3 de fragata, 7 tenientes de na-

vío, un coronel y un capitan de infantería de marina, cuyos sueldos ascienden á 414.000 rs.

Resultan por este concepto en ambos ministerios 60 individuos, que cuestan 1.135.500 rs., cuyos destinos podrían, á mi entender, desempeñar perfectamente otros tantos de nuestros reclutas por el costo de (Véase el cuadro elemental D.) 129.309,40 reales, es decir, por poco más de la décima parte.

Lo mismo hay que decir de los archiveros. Es insostenible que se necesiten jefes, capitanes y subalternos para tener en orden y custodiar los papeles de un archivo.

Hechas estas advertencias, procedamos á examinar por su orden las diferentes secciones del presupuesto ya citado, y á apuntar las reformas que debe sufrir su personal con arreglo al principio establecido:

CUADRO NÚM. 1. CUERPOS COLEGISLADORES. PERSONAL QUE DEBE REFORMARSE.

	Individuos.	que cuestan.....	Reales vellon.
Oficinas del Senado (con exclusion de los taquígrafos.)	46		663.628 »
Idem del Congreso (con exclusion de los taquígrafos.)	81		964.000 »
	127		1.627.628 »
			Reales vellon.
Un capitan.....	1	12.000 »	
Tres tenientes, á 7.800.....	3	23.400 »	
Un alférez.....	1	6.600 »	
Un sargento primero.....	1	3.125,81	
Tres sargentos segundos, á 2.620,71.....	3	7.862,13	
Seis cabos primeros, á 2.075,94.....	6	12.455,64	
Seis cabos segundos, á 2.010,16.....	6	12.060,96	
Ciento seis soldados, á 1.704,52.....	106	180.679,12	
			258.183,66
Diferencia 84,14 por 100.....			1.369.444,34
Importando el personal (1).....			2.064.723 »
Costarán.....		{ El reformado..... 258.183,66	695.278,66
		{ El subsistente..... 437.095 » }	
Ahorro 66,33 por 100.....			1.369.444,34
Importa el presupuesto total.....			4.139.535 »
Rebaja 33,08 por 100.....			1.369.444,34
Queda reducido á.....			2.770.090,66



* Véanse los números 84, 85 y 86, págs. 521, 581 y 601.

(1) En los presupuestos para 1872-73, que corren impresos, se consigna la suma de 206.500 pesetas para personal del Senado; pero segun datos exactos que he obtenido de las oficinas de Hacienda, aquella suma ascendió á 220.907 pesetas. Esta diferencia de 14.407 pesetas (57.628 rs.) sería autorizada por alguna concesion ó suplemento, que no se cita en aquel tomo, probablemente por ser posterior á su impresion.

CUADRO NÚM. 2.
PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.
PERSONAL QUE DEBE REFORMARSE.

	Individuos.		Reales vellon.
En la Presidencia (fuera del ministro y subsecretario que subsisten).....	7	que cuestan.....	60.000 »
Consejo de Estado (fuera de los consejeros que subsisten).....	48	—	598.000 »
	<u>55</u>		<u>658.000 »</u>
A este número corresponden, según los cuadros elementales (A) (B) (C), despreciando ó completando fracciones:			
Un capitán.....	1	Reales vellon.	12.000 »
Un teniente.....	1		7.800 »
Un alférez.....	1		6.600 »
Un sargento primero.....	1		3.425,81
Dos sargentos segundos, á 2.620,71.....	2		5.241,42
Tres cabos primeros, á 2.075,94.....	3		6.227,82
Tres cabos segundos, á 2.010,16.....	3		6.030,48
Cuarenta y tres soldados, á 1.704,52.....	43		73.294,36
			<u>120.319,89</u>
Diferencia 81,71 por 100.....			537.680,41
Importa todo el personal.....			2.148.000 »
Costarán.....		(El reformado..... 120.319,89) (El subsistente..... 1.490.000 »)	1.610.319,89
Ahorro 25,03 por 100.....			537.680,41
Importa el presupuesto total.....			2.403.668 »
Rebaja 22,37 por 100.....			537.680,81
Queda reducido á.....			<u>1.865.987,19</u>

CUADRO NUM. 3.
MINISTERIO DE ESTADO.
PERSONAL QUE DEBE REFORMARSE.

	Individuos.		Reales vellon.
En la secretaría (fuera del ministro y subsecretario que subsisten).....	46	que cuestan.....	676.000 »
En la Interpretacion de lenguas se conservan los intérpretes y jóvenes de lenguas, por no ser fácil su reemplazo. Queda sujeto á reforma un escribiente.	1	—	6.000 »
Sección de correos de gabinete (en esta sección subsisten las diez plazas de los que realmente desempeñan el servicio de correos, é importan 136.000 rs.) Quedan sujetos á reforma.....	3	—	23.000 »
Asambleas de las Ordenes.....	2	—	45.000 »
	<u>52</u>		<u>750.000 »</u>
A este número corresponden, despreciando ó completando fracciones:			
Un capitán.....	1	Reales vellon.	12.000 »
Un teniente.....	1		7.800 »
Un alférez.....	1		6.600 »
Un sargento segundo.....	1		2.620,71
Tres cabos primeros, á 2.075,94.....	3		6.227,82
Dos cabos segundos, 2.010,16.....	2		4.020,32
Cuarenta y tres soldados, á 1.704,52.....	43		73.294,36
			<u>112.563,21</u>
Diferencia 84,45 por 100.....			637.436,79

	Reales vellon.
Importa todo el personal de Estado.....	8.056.000 »
Costarán.....	7.418.563,21
{El reformado.....	112.563,21
{El subsistente.....	7.306.000 »
Ahorro.....	637.436,79
Más por supresion del sueldo del introductor de embajadores, cuyo cargo debe ser honorífico y gratuito (1)...	30.000 »
Ahorro total 8,28 por 100.....	667.436,79
Importa el presupuesto total del mismo Ministerio.....	11.563.600 »
Rebaja 5,77 por 100 (2).....	667.436,79
Queda reducido á.....	10.896.163,21

CUADRO NÚM. 4.
MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.
PERSONAL QUE DEBE REFORMARSE.

	Individuos.		Reales vellon.
En la secretaría (fuera del ministro y subsecretario que subsisten).....	83	que cuestan.....	845.000 »
Dirección de los registros.....	30	—	465.000 »
Tribunal Supremo (fuera de los magistrados, fiscal, teniente fiscal y abogados fiscales que subsisten)..	32	—	381.200 »
Audiencias (fuera de los magistrados, fiscales y tenientes fiscales que subsisten).....	268	—	2.314.000 »
Juzgados (fuera de los jueces que subsisten).....	1.419	—	9.896.280 »
Médicos forenses.....	10	—	60.000 »
Comision de Códigos.....	3	—	16.500 »
	1.645	—	13.977.980 »
A este número corresponden, segun los cuadros elementales (A) (B) (C), despreciando ó completando fracciones:			Reales vellon.
Un coronel.....	1		33.600 »
Dos tenientes coroneles, á 21.600.....	2		43.200 »
Cinco comandantes, á 19.200.....	5		96.000 »
Diez y seis capitanes, á 12.000.....	16		192.000 »
Treinta y tres tenientes, á 7.800.....	33		257.400 »
Diez y siete alféreces, á 6.600.....	17		112.200 »
Quince sargentos primeros, á 3.125,81.....	45		46.887,15
Cuarenta y cinco sargentos segundos, á 2.620,71....	45		117.931,95
Ochenta y un cabos primeros, á 2.075,94.....	81		168.151,14
Setenta y ocho cabos segundos, á 2.010,16.....	78		156.792,48
Mil trescientos cincuenta y dos soldados, á 1.704,52..	1.352		2.304.511,04
			3.528.673,76
Diferencia 74,75 por 100.....			10.449.306,24
Importa todo el personal.....			33.420,980 »
Costarán.....			22.971.673,76
{El reformado.....		3.528.673,76	
{El subsistente.....		19.443.000 »	
Ahorro 31,26 por 100.....			10.449.306,24
Importa el presupuesto total.....			42.832.633,40
Rebaja 22,06 por 100.....			10.449.306,24
Queda reducido á.....			32.383.327,16



(1) Así acaba de resolverlo el general Serrano al restablecer el cargo.
(2) No es de extrañar que el ahorro sea en este Ministerio mucho menor que en otros, porque el más de su personal presta servicio en países extranjeros y no puede comprenderle esta reforma. (Véase el texto.)

CUADRO NÚM. 5.
MINISTERIO DE LA GUERRA.
PERSONAL QUE DEBE REFORMARSE.

	Individuos.		Reales vellon.
En la secretaría (fuera del ministro y subsecretario que subsisten).....	69	que cuestan.....	894.800 »
Dirección general de Estados mayores.....	1	—	12.000 »
Id. id. de Artillería.....	2	—	46.800 »
Id. id. de caballería.....	2	—	30.000 »
Vicariato general castrense.....	10	—	73.164 »
Oficinas centrales de Administración militar.....	128	—	1.497.944 »
Servicio de idem, en distritos, hospitales, cuerpos armados y otros departamentos.....	536	—	6.954.620 »
Dirección general de Sanidad militar.....	11	—	216.196 »
Servicio de idem, en distritos, hospitales, cuerpos armados y otros departamentos.....	312	—	3.671.220 »
Archivo y subalternos del Consejo supremo de Guerra.....	21	—	137.060 »
Escribanos y subalternos de los Juzgados de Guerra..	23	—	168.144 »
Cuerpo de Estado Mayor.—Secciones.—Archivos....	56	—	464.280 »
Veterinarios.....	108	—	1.024.528 »
Picadores.....	28	—	331.600 »
Armeros.....	154	—	628.560 »
Silleros.....	45	—	183.600 »
Subalternos de ingenieros.....	219	—	979.212 »
Maestros y obreros de Artillería.....	394	—	1.565.809 »
Jornaleros y sirvientes en otros ramos.....	104	—	336.161 »
En el servicio general de armamentos y plazas hay una partida (fabricación) de 11.780.000 reales, en que se mencionan <i>jornales</i> , sin especificar número ni precio. Supongamos, que bien podemos suponer, jornaleros.....	600	—	2.000.000 »
	2.823		21.215.698 »
A este número corresponden, según los cuadros elementales (A) (B) (C), despreciando ó completando fracciones:			
Dos coroneles, á 33.600.....	2	Reales vellon.	67.200 »
Cuatro tenientes coroneles, á 21.600.....	4		86.400 »
Nueve comandantes, á 19.200.....	9		172.800 »
Veintisiete capitanes, á 12.000.....	27		324.000 »
Cincuenta y seis tenientes, á 7.800.....	56		436.800 »
Veintiocho alféreces, á 6,600.....	28		184.800 »
Veintiseis sargentos primeros, á 3.125,81.....	26		81.271,06
Setenta y siete sargentos segundos, á 2.620,71.....	77		201.794,67
Ciento treinta y ocho cabos primeros, á 2.075,94.....	138		286.479,72
Ciento treinta y tres cabos segundos, á 2.010,16.....	133		267.381,28
Dos mil trescientos veintitres soldados, á 1.704,52....	2.323		3.959.599,96
			6.068.526,69
Diferencia 71,40 por 100.....			15.147.171,31
Más por supresión de gratificaciones y aumentos de haber á escribientes y ordenanzas.....		312.148 »	
Gratificaciones á obreros de Administración militar.....		87.600 »	
Asignaciones de ciento ochenta individuos, que se comprenden entre los jefes y oficiales de reemplazo, no pertenecientes á la profesion militar.....		1.481.740 »	
Trescientas once diferencias de sueldos (sueldos amortizables) de individuos no pertenecientes á la profesion militar.....		1.750.716 »	
			3.632.204 »
Diferencia total.....			18.779.375,31

	Reales vellon.
Importa todo el personal de Guerra.....	320.551.612 »
Costarán.....	301.772.236,69
{ El reformado..... 6.068.526,69 }	
{ El subsistente..... 295.703.710 » }	
Ahorro 5,85 por 100.....	18.779.375,31
Importa el presupuesto total de Guerra.....	417.067.656 »
Rebaja 4,50 por 100.....	18.779.375,31
Queda reducido á.....	398.288.280,69

CUADRO NÚM. 6.
MINISTERIO DE MARINA.
PERSONAL QUE DEBE REFORMARSE.

	Individuos.	Reales vellon.
En la secretaria y almirantazgo (fuera del ministro del ramo, los del Tribunal y los jefes y oficiales de las secciones especiales que subsisten).....	93	que cuestan..... 1.345.604 »
Cuerpos de la Armada. Personal no militar que sirve en la Península.....	257	3.684.864 »
Departamentos.....	69	340.376 »
Tercios navales.....	24	85.520 »
Arsenales.....	1.053	10.535.392 »
Estudios mayores.....	13	91.000 »
	1.509	16.082.756 »

A este número corresponden, según los cuadros elementales (A) (B) (C), despreciando ó completando fracciones:

	Individuos.	Reales vellon.
Un coronel.....	1	33.600 »
Dos tenientes coroneles, á 21.600.....	2	43.200 »
Cinco comandantes, á 19.200.....	5	96.000 »
Quince capitanes, á 12.000.....	15	180.000 »
Treinta tenientes, á 7.800.....	30	234.000 »
Quince alféreces, á 6.600.....	15	99.000 »
Catorce sargentos primeros, á 3.125,81.....	14	43.761,34
Cuarenta y un sargentos segundos, á 2.620,71.....	41	107.449,11
Setenta y cuatro cabos primeros, á 2.075,94.....	74	153.519,56
Setenta y un cabos segundos, á 2.010,16.....	71	142.721,36
Mil doscientos cuarenta y un soldados, á 1.704,52....	1.241	2.115.309,32
		3.248.560,69
Diferencia 79,80 por 100.....		12.834.195,31
Importa todo el personal de Marina.....		50.247.064 »
Costarán.....		37.412.868,69
{ El reformado..... 3.248.560,69 }		
{ El subsistente..... 34.164.308 » }		
Ahorro 25,54 por 100.....		12.834.195,31
Importa el presupuesto total.....		81.882.333,08
Rebaja 15,67 por 100.....		12.834.195,31
Queda reducido á (1).....		69.048.137,77



(1) A mucho ménos puede reducirse si se aplica la misma reforma á las considerables sumas cuyo destino es pagar jornaleros y otros gastos de personal, que van involucradas bajo el título de *Material de arsenales*.

CUADRO NÚM. 7.
MINISTERIO DE GOBERNACION.
PERSONAL QUE DEBE REFORMARSE.

	Individuos.		Reales vellon.
En la secretaría (fuera del ministro y subsecretario que subsisten).....	137	que cuestan.....	1.445.000 »
Gobiernos de provincia.....	359	—	4.818.500 »
Orden público.....	2.684	—	10.184.000 »
Beneficencia.....	23	—	165.960 »
Policía sanitaria.....	167	—	855.000 »
Establecimientos penales.....	202	—	1.214.840 »
Telégrafos.....	2.014	—	12.022.000 »
Correos.....	1.602	—	8.182.000 »
Idem carteros y <i>peatones</i> , que no se enumeran, y cuestan 7.200.000. Tenemos que suponer el número de	2.500	—	7.200.000 »
	<u>9.688</u>		<u>46.087.300 »</u>
A este número corresponden, según los cuadros elementales (A) (B) (C), despreciando ó completando fracciones:			
Siete coroneles, á 33.600.....	7	235.200 »	
Trece tenientes coroneles, á 21.600.....	13	280.800 »	
Treinta y dos comandantes, á 19.200.....	32	614.400 »	
Noventa y tres capitanes, á 12.000.....	93	1.116.000 »	
Ciento noventa y tres tenientes, á 7.800.....	193	1.505.400 »	
Noventa y siete alféreces, á 6.600.....	97	630.200 »	
Ochenta y nueve sargentos primeros, á 3.125,81.....	89	278.197,09	
Doscientos sesenta y seis idem segundos, á 2.620,71..	266	697.108,86	
Cuatrocientos setenta y cinco cabos prims., á 2.075,94.	475	986.071,50	
Cuatrocientos cincuenta y ocho id. segundos, á 2.010,16	458	920.653,28	
Siete mil novecientos sesenta y cinco soldados, á 1.704,52.....	<u>7.965</u>	<u>13.576.501.80</u>	
			<u>20.840.532,53</u>
Diferencia 54,78 por 100.....			<u>25.246.767,47</u>
Importa el personal de Gobernacion.....			46.986.560,68
Costarán..... (El reformado..... 20.840.532,53)			21.739.793,21
(El subsistente..... 899.260,68)			
Ahorro 53,73 por 100.....			<u>25.246.767,47</u>
Importa el presupuesto total.....			92.195.733,40
Rebaja 27,38 por 100.....			<u>25.246.767,47</u>
Queda reducido á.....			66.948.965,93

CUADRO NÚM. 8.
MINISTERIO DE FOMENTO.
PERSONAL QUE DEBE REFORMARSE.

	Individuos.		Reales vellon.
En la secretaría (fuera del ministro y subsecretario que subsisten).....	144	que cuestan.....	1.769.000 »
Administracion provincial.....	318	—	2.467.600 »
Agricultura, industria y comercio.....	939	—	7.633.580 »
Instruccion pública (no se incluyen en la reforma ni los catedráticos ni los individuos del cuerpo de archiveros por no ser estos de fácil reemplazo, dada la especialidad de sus conocimientos).....	462	—	2.480.597 »
Obras públicas.....	1.829	—	16.273.540 »
Estadística (en algunas partidas de este capitulo hay tal confusion y tan notable falta de especificacion, que dificultan mucho los cálculos de reforma. Véase pág. 53 de los presupuestos de 1872-73).....	391	—	3.007.600 »
	<u>4.083</u>		<u>33.631.917 »</u>

	Individuos.		Reales vellon.
<i>Sumas anteriores</i>	4.083		33.631.917 »
A este número corresponden, según los cuadros elementales (A) (B) (C), despreciando ó completando fracciones:			
Tres coroneles, á 33.600.....	3	Reales vellon.	100.800 »
Seis tenientes coroneles, á 21.600.....	6		129.600 »
Trece comandantes, á 19.200.....	13		249.600 »
Treinta y nueve capitanes, á 12.000.....	39		468.000 »
Ochenta y un tenientes, á 7.800.....	81		631.800 »
Cuarenta y un alféreces, á 6.600.....	41		270.600 »
Treinta y ocho sargentos primeros, á 3.125,81.....	38		118.780,78
Ciento doce sargentos segundos, á 2.620,71.....	112		293.519,52
Doscientos cabos primeros, á 2.075,94.....	200		415.188 »
Ciento noventa y tres cabos segundos, á 2.010,16....	193		387.960,88
Tres mil trescientos cincuenta y siete soldados, á 1.704,52.....	3.357		5.722.073,64
			8.787.922,82
Diferencia 73,87 por 100.....		(N)	24.843.994,18
Importa todo el personal de Fomento.....			43.138.991,30
Costarán.....		{ El reformado.....	8.787.922,82
		{ El subsistente.....	9.663.084,30
			18.451.007,12
Ahorro 57,23 por 100.....		(1)	24.687.984,18
Importa el presupuesto total del mismo Ministerio.....			119.593.079,96
Rebaja 20,64 por 100.....			24.687.984,18
Queda reducido á.....			94.905.095,78

CUADRO NÚM. 9.
MINISTERIO DE HACIENDA.
PERSONAL QUE DEBE REFORMARSE.

	Individuos.		Reales vellon.
Administracion central (fuera del ministro, subsecretario, ministros de los tribunales y comisionados en paises extranjeros).....	4.684	que cuestan.....	16.006.000 »
Administracion provincial.....	4.143	—	25.849.040 »
Fábricas (2) y minas del Estado.....	389	—	2.002.000 »
Patrimonio que fué de la Corona.....	93	—	443.000 »
Resguardo especial de Estancadas.....	55	—	171.000 »
	6.364		44.471.040 »
A este número corresponden, según los cuadros elementales (A) (B) (C), despreciando ó completando fracciones:			
Cinco coroneles, á 33.600.....	5	Reales vellon.	168.000 »
Nueve tenientes coroneles, á 21.600.....	9		194.400 »
Veintiun comandantes, á 19.200.....	21		403.200 »
Sesenta y un capitanes, á 12.000.....	61		732.000 »
Ciento veintiseis tenientes, á 7.800.....	126		982.800 »
Sesenta y dos alféreces, á 6.600.....	62		409.200 »
Cincuenta y nueve sargentos primeros, á 3.125,81....	59		184.422,79
Ciento setenta y cinco sargentos segundos, á 2.620,71.	175		458.624,25
Trescientos doce cabos primeros, 2.075,94.....	312		627.693,28
Trescientos un cabos segundos, á 2.010,16.....	301		605.058,16
Cinco mil doscientos treinta y tres soldados, á 1.704,52	5.233		8.919.753,16
			13.685.151,64
Diferencia 69,23 por 100.....			30.785.888,36



(1) La diferencia de 156.000 que se nota entre esta partida y la marcada con la letra (N) procede del aumento de los sueldos de algunos catedráticos que figuraban en los cuerpos facultativos suprimidos.

(2) Véanse las observaciones respectivas á estos ramos en el texto precedente.

Importa todo el personal.....		101.483.229,40
Costarán.....	{El reformado..... 13.685.151,64}	70.697.341,04
	{El subsistente..... 57.012.189,40}	
Ahorro 30,33 por 100.....		30.785.888,36
Importa el presupuesto total.....		423.797.086,64
Rebaja 7,26 por 100.....	30.785.888,36	31.899.888,36
Más por ingreso en el Tesoro de lo que cuesta hoy el personal de la Caja de Depósitos (1).....	1.114.000 »	
Queda reducido á.....		

CUADRO NUM. 10.

MINISTERIO DE ULTRAMAR.

Siendo cosa distinta de los demas el presupuesto de este ramo, y distinto tambien el régimen administrativo de aquellas provincias, no son aplicables á este servicio en todas sus partes las reglas establecidas para los otros. No quiere esto decir que haya de seguir como está, sin hacer en él alteraciones con arreglo al mismo principio. Luégo que desaparezcan las circunstancias extraordinarias en que se halla la más importante de aquellas provincias, y definitivamente se organice la administracion de todas; si subsiste, como es probable, la franquicia que disfrutaban los naturales de ellas del servicio militar, se sigue naturalmente que se establezca el reemplazo para cubrir las plazas del Ministerio como para las demas, y que desde aquí se reemplacen tambien los destinos de Ultramar, escogiendo los individuos más idóneos, y asignándoles una gratificacion ultramarina mientras sirvan por allá, del mismo modo que á los diplomáticos que ocupan puestos fuera de España y que á los oficiales de administracion y sanidad de la Armada, mientras están embarcados.

Pero esto sólo es una mera indicacion, quedando para más adelante el estudio detenido del asunto.

CUADRO NÚM. 11.

ADMINISTRACION PROVINCIAL.

Si se compara la última estadística publicada, que alcanza al año económico de 1867-68, con las inmediatas anteriores, se halla notable diferencia en el número de individuos que cobran salario de fondos provinciales.

En el de 1864-65 fueron 9.437 individuos, que costaron.....		34.100.527 »
En el de 1865-66 9.800.....		34.870.927,29
En el de 1866-67 9.591.....		34.935.849,49
En el de 1867-68 7.201.....		31.927.627,47

Tomemos, pues, los últimos guarismos por base de nuestros cálculos, no sólo por ser los datos más recientes, sino tambien porque racionalmente debe presumirse que era posible hacer esa rebaja, pues que se hizo.

	Individuos.	que cuestan...	Reales vellon.
De los.....	7.201		31.927.627,47
Hay que restar: profesores de instrucción pública....	2.334		10.026.207,11
Quedan sujetos á reforma.....	4.867		21.901.420,36

A este número corresponden, segun los cuadros elementales (A) (B) (C), despreciando ó completando fracciones:

	Individuos.	Reales vellon.
Cuatro coroneles, á 33.600.....	4	134.400 »
Siete tenientes coroneles, á 21.600.....	7	151.200 »
Diez y seis comandantes, á 19.200.....	16	307.200 »
Cuarenta y siete capitanes, á 12.000.....	47	564.000 »
Noventa y siete tenientes, á 7.800.....	97	756.600 »
Cuarenta y nueve alféreces, á 6.600.....	49	323.400 »
Cuarenta y cinco sargentos primeros, á 3.125,81.....	45	140.661,45
Ciento treinta y cuatro sargentos segundos, á 2.620,71.....	134	351.175,14
Doscientos treinta y ocho cabos primeros, á 2.075,94.....	238	494.073,72
Doscientos treinta cabos segundos, á 2.010,16.....	230	462.336,80
Cuatro mil soldados, á 1.704,52.....	4.000	6.818.080 »

Diferencia 52,04 por 100..... 11.398.293,25

Siendo el costo total del personal..... 31.927.627,47

Y habiendo de costar. {El reformado. 10.503.127,11}

{El subsistente 10.026.207,11} 20.529.334,22

El ahorro es de 35,70 por 100..... 11.398.293,25

(1) Véase Presupuestos de 1872-73, seccion 8.ª, págs. 14 y 15.

CUADRO NUM. 12.
RESÚMEN DEL PERSONAL QUE HA DE REFORMARSE.
DEPENDENCIAS.

	INDIVIDUOS.
Oficinas de las Córtes.....	127
Presidencia del Consejo de ministros.....	55
Ministerio de Estado.....	52
Idem de Gracia y Justicia.....	1.645
Idem de la Guerra.....	2.823
Idem de Marina.....	1.509
Idem de Gobernacion.....	9.688
Idem de Fomento.....	4.083
Idem de Hacienda.....	6.364
Administracion provincial.....	4.867
Total.....	31.213

Ya está calculado el número de jefes, oficiales y clases que corresponden á ese total, y su costo. Mas para que la asimilacion al servicio militar sea completa, falta considerar este personal como un ejército ó un aumento al ejército, fijar el número de oficiales generales que en proporcion deben mandarlo, y estimar el importe de sus dotaciones.

A este número de 31.213 individuos corresponden:

	Reales vellon.
Un capitán general con.....	120.000 »
Dos tenientes generales, á 90.000.....	180.000 »
Cuatro mariscales de campo, á 60.000.....	240.000 »
Ocho brigadieres, á 36.000.....	488.000 »

Cuyas partidas, sumadas con las de los cuadros anteriores:	
Oficinas de los cuerpos colegisladores.....	1.028.000 »
Presidencia del Consejo de ministros.....	258.183,66
Ministerio de Estado.....	120.319,89
Idem de Gracia y Justicia.....	112.563,21
Idem de la Guerra.....	3.528.673,76
Idem de Marina.....	6.068.526,69
Idem de Gobernacion.....	3.248.560,69
Idem de Fomento.....	20.840.532,53
Idem de Hacienda.....	8.787.922,82
Administracion provincial.....	13.685.151,64
	10.503.127,11

Componen un total de..... 68.181.562,00

Los mismos servicios cuestan hoy:

	Reales vellon.
Cuerpos colegisladores.....	1.627.628 »
Presidencia del Consejo de ministros.....	658.000 »
Ministerio de Estado.....	750.000 »
Idem de Gracia y Justicia.....	13.977.980 »
Idem de la Guerra.....	21.215.698 »
Idem de Marina.....	16.082.756 »
Idem de Gobernacion.....	46.087.300 »
Idem de Fomento.....	33.631.917 »
Idem de Hacienda.....	44.471.040 »
Administracion provincial.....	21.901.420,36
	200.403.739,36

Diferencia 65,98 por 100.....	132.222.177,36
Más por supresion de gastos supérfluos en el ministerio de la Guerra (1).....	3.632.204 »
Más por ingreso en el Tesoro de lo que cuesta hoy el personal de la Caja de Depósitos (2).....	1.114.000 »
Más por supresion de las cesantías (3).....	12.000.000 »
Ahorro total.....	148.968.381,36

(1) Véase el cuadro correspondiente á ese ramo.

(2) Véase Hacienda.

(3) En los presupuestos se incluyen en una sola partida sin distincion «Cesantes y emigrados de América», que importa en el de 1872-75 la cantidad de 4.222.580 pesetas (16.890.520 rs.). Me ha sido imposible averiguar con exactitud la parte que corresponde á cada uno de esos géneros de pensiones; y por conjeturas é informes aproximados estampo ese número, que no distará mucho de la exactitud.



CAPÍTULO IV.

SUSTITUCION.

Establecido como base fundamental de los servicios públicos *el deber* de todos los españoles de contribuir á ellos con arreglo á sus facultades, y propuesta, como modelo á que deben ajustarse, la organizacion militar con la saludable sancion de una severa ordenanza; debe quedar á salvo el derecho de cada cual á presentar un sustituto, que cumpla por él esa sagrada é indeclinable obligacion; con lo cual, digan lo que quieran ciertos declamadores, no se lastima ni vulnera el de los demas: pero esto no sería cierto ni admisible, si no se estableciera tambien el ejercicio de ese derecho sobre el fundamento de la más perfecta equidad. Y preguntamos ahora: ¿se observa este principio con el escrupuloso rigor debido en las disposiciones hoy vigentes para el reemplazo del Ejército y de la Armada?

No vacilo en contestar terminantemente que no, y me figuro además que la demostracion es harto fácil; tan fácil, que á no estar obcecados los más claros entendimientos por ese prurito de imitacion, y extraviadas las ideas por cierto espíritu de novelaría, que inducen á despreciar lo de casa, rebajando nuestro crédito á los ojos de propios y extraños, sería imposible comprender cómo hombres entendidos, y á no dudarlos bien intencionados, no han ido más allá con sus observaciones, cómo no han penetrado en la esencia del asunto, para poder dar con la sencilla y única solucion que tiene este interesante problema.

Por de contado que al hablar de innovadores y de sus yerros, no aludo á esos hombres que escalaron los alcázares del mando ofreciendo al pueblo ignorante muchas cosas, la primera de todas *¡abajo las quintas!* para despues decretar, no quintas ciertamente, sino levas en masa de adolescentes, mozos y provecos. No es de eso de lo que trato, y algo se ha dicho acerca de ello en otra parte. En esta, dado por hecho el servicio obligatorio, me limito á estudiar la sustitucion y la redencion, y me refiero á personas respetables, cuya honradez y patriotismo no pueden ponerse en duda, cuya ilustracion es notoria, y que, á mi entender, han incurrido en omision reparable ó en error positivo al definir el caso y al proponer y determinar el modo de resolverlo.

Un distinguido oficial de marina publicó en 1870 un libro notable (1), cuyo objeto es defender las matriculas de mar contra los ciegos ataques y pedantescas declamaciones de ciertos reformadores, que ni saben lo que es matrícula, ni pueden comprender la trascendencia (dicho sea en su disculpa)

(1) Cuestion vital de marina.—Historia de la matrícula de mar y exámen de varios sistemas de reclutamiento marítimo, por D. F. J. de Salas.

de los males que sin meditacion atraen sobre su patria. En ese libro se hace referencia repetidas veces, como es natural, al reemplazo del Ejército de tierra, se discuten principios que son comunes á ambas obligaciones y se trata largamente de las dificultades y achaques que ofrece la redencion en ambos casos. Mas entre esos principios (y ahí está cabalmente mi tema) se sientan algunos que á mi ver desnaturalizan la esencia de esa misma obligacion, rebajando la altura moral del deber patriótico en que se funda, y se obedece, acaso sin advertirlo, á ese ya censurado vicio de imitacion, desconociendo y teniendo en poco el tesoro que poseemos todavia en nuestras costumbres y tradiciones populares.

Hablando de la redencion, sienta el Sr. Salas como axioma (lo que yo llamaria más bien resabio de los más escépticos economistas) estas palabras:

«La economía política traduce lógicamente el dinero por expresion de trabajo: la cantidad del uno ha de encontrar su equivalente en cantidad del otro, aumentando ó disminuyendo cualquiera de los miembros de la ecuacion; y por este axioma, para establecerla entre los que aceptan la contingencia de un trabajo duro y penoso y los que la rechacen, es preciso que éstos compensen con dinero la diferencia.

»Tal principio responde, por otra parte, á la definicion del Estado, que es una sociedad á la que todos los socios han de contribuir relativamente por igual en partidas desiguales y en sumandos heterogéneos. En este se funda tambien la redencion, que no es otra cosa sino un trueque de la contribucion expresada.» (Salas, p. 425.)

No es admisible el principio de que el servicio debido á la Patria sea un mero *trabajo* que se puede redimir con dinero. Al aceptarlo el Sr. Salas y los demas que entienden la redencion de esa manera, condenan, quizá sin reparar en ello, el sistema de reemplazo de nuestro Ejército y Armada, y se van tras de esos que quieren remedar á Inglaterra y los Estados-Unidos, y cambiar nuestros soldados y marineros, envidia de todas las naciones, en turbas de aventureros asalariados.

Tal parece cuando el autor que vamos siguiendo se pone á calcular detenidamente la diferencia de 110 millones que resultaria entre los 19 que cuesta hoy la matrícula y los 139 que costaria el enganche voluntario, y parece dar como principal razon para que subsista la primera el enorme costo que tendria el segundo. A la verdad que siendo un oficial de la marina española el que habla, debemos suponer que, al lanzarse en esos cálculos y explayarse en el glacial terreno de la ciencia sin alma, intenta exagerar los argumentos en sentido hipotético, para probar que aún así es impracticable la reforma. Otra cosa

no es creíble, vuelvo á decir, en un marino que en otras partes de su libro demuestra con buena diálectica y prueba con oportunas citas las ventajas de los matriculados y los graves males de la gente allegadiza (1).

Si el oficio del soldado y del marinero no fuesen más que un *trabajo* que puede remunerarse con dinero, ¿qué dificultad habría en ir á buscarlos fuera de España, á donde quiera que hubiese brazos robustos y baratos? Y sin embargo, no habrá oficial de nuestro Ejército ni de nuestra Armada, celoso de su deber y del decoro de su profesion, que asintiera á que se convirtiesen nuestros ejércitos de mar y tierra, en cuyas manos se pone la bandera nacional, fiando á la lealtad de sus corazones y á la fuerza de sus brazos la defensa de la Patria, en legiones de alquiladizos extranjeros.

No, no pueden incurrir á sabiendas en tal impropiedad hombres que ostenten con lucimiento y con legítimo orgullo el distintivo de militares españoles, porque, á más de los consejos de la dignidad, tienen, para evitar tan grave error, las recientes experiencias de la inferioridad del ejército inglés en Crimea y la superioridad del alemán en todas partes; aquél formado de aventureros que se pagan con largueza (2), y éste compuesto de honrados hijos de familia, de menestrales, de artistas, de profesores, de propietarios que sirven á su patria en virtud de un deber que terminante é inex-

(1) En corroboracion de esta verdad, voy á referiros un hecho elocuentísimo, cuya relacion debo á un jefe de nuestra Armada, que mandaba á la sazón una escuadrilla fondeada en la bahía de Sacrificios. Hallábanse allí tambien de estacion otra inglesa y otra norte-americana. Un día, estando reunidos los tres comandantes, preguntó el inglés al español, con una curiosidad no exenta de admiracion, con qué objeto había enviado á tierra á sus marineros vestidos de gala.

—Han ido porque es domingo, y con arreglo á nuestra ordenanza es costumbre permitir á todos los francos de servicio que en los dias festivos vayan á esparcirse durante las horas de la tarde.

—¿Y van sin orden de formacion, sin oficiales ni jefes que los vigilen?

—Van absolutamente solos y dueños de pasar el tiempo á su albedrío.

—¿Y vuelven á bordo?

—Puede usted, si gusta, verlos volver á todos al anochecer, á cuyo efecto estarán los botes esperándolos en el muelle. Raro sería que faltase alguno.

—Pues si nosotros hiciésemos otro tanto, dijeron ambos, lo extraño sería que le diese á alguno la gana de volver, hallándose en país extranjero, donde es dudosa la eficacia de la policia para ayudarnos á recogerlos.

Entónces el jefe español les dió á conocer la organizacion de nuestras matriculas, origen de la calidad de nuestros marineros, conviniendo todos en la excelencia de un sistema que tan gran semejanza produce entre estos y los suyos.

(2) Segun los datos estadísticos del año 1874, el número de los desertores del ejército inglés durante dicho año subió al enorme guarismo de 17.000. Tambien aparece de los mismos informes estadísticos, que de los 150 hombres que se reclutaban diariamente, desertaba una tercera parte. Esta circunstancia, unida á la de que, no obstante ser el ejército de aquel país un octavo del alemán, cuesta á Inglaterra lo mismo que el suyo á Alemania, ha fijado la atencion de los hombres públicos ingleses y se piensa en reformar el actual sistema.

cusablemente les imponen la ley y la costumbre.

Examinemos las nuestras para ver hasta qué punto podemos disfrutar de la misma ventaja, y hallaremos que, no sólo en la ley escrita, sino tambien en el sentimiento íntimo de nuestro pueblo, está profundamente grabada la idea del *deber* patriótico de servir al Estado, al que corresponde el *derecho* de éste para exigirlo. Espero que no se califique de impertinente ó ridícula la cita de un cantar de esos en que el pueblo exhala cándidamente su sentir, copla que oí hace algunos años en boca de un rústico, y que puede servir á un hombre pensador de documento para el estudio de nuestras costumbres, estudio harto descuidado por los que buscan en libros sabios y extranjeros las reformas de nuestras leyes. Así decía el cantar:

Adios padre y adios madre,
Adios hacienda y dinero,
Que voy á pagar al Rey
Ocho años que le debo.

¡Expresiva é ingénuo verdad que brota de un noble fondo de conviccion moral y de honrado y sencillo patriotismo! ¡Cuánto va, de esta confesion generosa del *deber*, á los estrechos y apocados aforismos que, borrando la idea de ese deber, truecan el servicio público en trabajo avariento, que sólo se presta en busca de la paga!

JOSÉ RUIZ LEÓN.

(Concluirá.)

ETIQUETAS DE LA CASA DE AUSTRIA.

XVII. *

CEREMONIAL PARA RECIBIR LA ROSA QUE ENVIABAN LOS PONTÍFICES Á LAS PERSONAS REALES.

El domingo cuarto de Cuaresma iba el Papa á la iglesia de San Pedro, asistido de los cardenales, vestidos de color rosado, y de los dos asistentes mayores, el uno tenía la rosa en la mano, y el otro un libro, donde Su Santidad leía cuatro oraciones, bendiciendo despues la rosa, que era de plata labrada, con esmaltes rosáceos y de otros colores; echábala agua bendita y pedía á Dios que donde quiera llegare y estuviere aquella rosa, hubiera paz, tranquilidad, y pureza de almas. Acabadas las oraciones, la tomaba el Pontífice en su mano y la llevaba procesionalmente al altar mayor, y dicha la misa, la mandaba guardar en su recámara, regalándola, con ocasion de bodas ó en señal de amistad, á alguna Reina ó Infanta católica, por medio de su Nuncio, ó de un legado particular, juntamente con un breve.

* Véanse los números 75, 78, 80, 82 y 84, págs. 161, 281, 361, 441 y 530.

El año 1609 mandó el Papa Gregorio XIV la rosa á la Infanta doña Catalina, á la vez que el estoque y capelo á Felipe III, guardándose para la entrega de aquella el siguiente ceremonial: A la hora de comenzar las vísperas en San Lorenzo el Real, salió el Nuncio de la hospedería, donde estaba aposentado, á la plaza del Pórtico, y entró en él acompañado de los grandes y mayordomos de S. A., gentiles-hombres de S. M. y del Príncipe, y de muchos otros caballeros. En medio iban el conde de Orgaz y el marqués de Villanueva, mayordomos de S. A.: un capellan, maestro de ceremonias de Su Santidad, iba delante con la rosa. Llegados á las gradas del altar mayor, hicieron oracion, y el capellan puso en medio de él la rosa, siguiendo en todo lo demas el mismo ceremonial anteriormente descrito para la entrega del estoque y capelo. La Infanta salió luego ricamente vestida de gala, acompañada del Príncipe y precedida de los mayordomos, llevándola la falda la condesa de Paredes, camarera mayor, á la que seguían las dueñas de honor y damas. Arrodillóse la Infanta en una almohada que le puso el marqués de Velada delante de la silla del Nuncio, y el Príncipe se quedó en pié y descubierto. Concluidas las oraciones acostumbradas, el Nuncio entregó la rosa á la Infanta, y ésta, á su vez, á Don García de Loaysa, limosnero mayor de S. M. (1).

XVIII.

ENTREGA DEL BONETE CARDENALICIO Á LOS INFANTES.

El 4 de Marzo de 1577 nombró Gregorio XIII, en público consistorio, cardenal de la iglesia de Roma al Príncipe Alberto, archiduque de Austria, hijo del Emperador Maximiliano II. El conde Aníbal Repoli, camarero secreto de Su Santidad, acompañado de un lucido séquito, trajo á España el capelo. Entró en la cámara de S. A. y le entregó el Breve de Su Santidad participándole este favor y el birrete cardenalicio, estando presente el embajador del Emperador. Al poco rato salió S. A. de su aposento, vestido de sotana, manteos morados y encarnados; el birrete lo llevaba delante en una salva de plata un camarero del Papa, dirigiéndose todos á la capilla de Palacio. SS. MM. estaban en la tribuna baja, y frente á ella había un sitial de terciopelo encarnado cubierto, donde se sentaron el Nuncio, camarero de Su Santidad y el embajador del Emperador. Dijo misa rezada el Nuncio ordinario y dió á S. A. comunión. Acabada ésta, puesto S. A. de rodillas delante del Nuncio extraordinario, y vestido con una sobrepelliz que le pusieron sobre la sotana, recibió la primera tonsura. Quitáronle despues la sobrepelliz,

(1) Igual etiqueta se observó en la entrega de la rosa que mandó Clemente VIII á la Infanta doña Isabel en 1595, y en la de Inocencio XI á doña Mariana de Austria en 1649.

y el Nuncio le puso el roquete y el bonete colorado en la cabeza, y el mantelete y muceta morados, por llevar luto á causa de la muerte del Emperador su padre. Fué luego á besar la mano á SS. MM. y AA., y hecho esto, subieron SS. MM. al aposento de la Reina, quedándose SS. AA. en la del Rey. Entretanto abrieron á S. A. la corona y se vistió de encarnado por primer dia, aliviándose tambien el luto los caballeros y criados de la casa de S. M.

A los pocos dias fueron SS. MM. y AA. á pasar las Pascuas del Espíritu Santo al Monasterio del Escorial. El primer dia de estas Pascuas, á las ocho de la mañana, fueron los caballeros principales de la casa de S. M. y A. á buscar y acompañar al Monasterio al conde Aníbal Repoli, que traía á caballo el capelo de cardenal. Subió donde estaba S. A. vestido de colorado, acompañado del Nuncio ordinario y del embajador del Emperador, y S. M. entró entonces por otra puerta, llevando el collar del Toison, acompañado del Príncipe Benislao, hermano del archiduque, y seguido del duque de Alba, tambien con el Toison. Bajaron todos á la iglesia, llevando en medio á S. M. y al Príncipe Benislao, el cardenal archiduque Alberto al lado del Nuncio que trajo el capelo, y con un baston cubierto de raso encarnado; delante de él iba un macero con las armas de S. A., y detras de S. M. el Nuncio ordinario y el embajador del Emperador. Aguardaban al pié de la escalera los frailes del Monasterio, con cruz y capas, y de esta manera llegaron á la iglesia. La Reina, Príncipe é Infantes veían la procesion desde un balcon alto. S. M. dejó al archiduque en el sitial colocado al lado del Evangelio y se fué á la tribuna, desde donde solía oír los oficios. El Nuncio ordinario entonó el *Veni Creator Spiritus*, con acompañamiento de los frailes, y dijo en seguida la misa. El secretario del Nuncio leyó despues de terminada ésta un Breve, en que Su Santidad le mandaba poner el capelo á S. A., y, tomándole primero el juramento acostumbrado, le puso el capelo con las borlas sobre un bonetito de tafetan encarnado. El coro cantó entre tanto el *Te-Deum*, finalizando así la ceremonia.

Tambien, hallándose vacante el arzobispado de Toledo, por muerte del cardenal D. Bernardino de Roxas y Sandoval, presentó Felipe III á Su Santidad para esta dignidad al Infante D. Fernando, recibiendo á este efecto el capelo por mandado del Papa Paulo V.

XIX.

CONSULTA DEL CONSEJO LOS VIERNES.

En este dia de la semana, reunidos los consejeros en casa de su Presidente, venían á la consulta con S. M., que se celebraba en su antecámara. Poníanse en ella tres bancos, dos á los lados y uno en medio,

frente á la tarima. En los de los lados se sentaban los consejeros hasta que S. M. venía, quedándose los alcaldes de corte en pié, arrimados á la pared, detras del Presidente. Éste se colocaba en el banco de la derecha, é inmediato á él el consultante del Consejo y luego el consejero más antiguo. En este banco no se sentaban sino estos tres, y en los otros dos bancos los demas consejeros por órden de antigüedad. El escribano de cámara del Consejo más antiguo, y el secretario del presidente se situaban junto al bufete que estaba al lado de S. M. Si el Presidente era cardenal, se le ponía un sitial inmediato á la punta del banco, donde permanecía sentado con los demas del Consejo, hasta que se presentaba Su Majestad, pasándose luégo al sitial. Salía S. M. por la puerta más próxima á su cámara, acompañando del mayordomo mayor y gentiles-hombres, y los consejeros se ponían de rodillas hasta que S. M. se sentaba; entónces éste les mandaba levantar, y despues de sentados les mandaba cubrirse. Nuevamente volvían á arrodillarse y levantarse, cubriéndose todos ménos el consultante, que permanecía en pié y descubierto. Acabada esta etiqueta, salían todos los que habían venido acompañando á S. M., así como tambien los alcaldes, escribanos de cámara y secretarios del Presidente, cada cual por la puerta que habia entrado, cerrando ambas el ujier de cámara. Entónces, quedándose solo S. M. con el Consejo, comenzaba el despacho de los negocios de Estado sometidos á consulta. Acabado aquel, el consejero que ocupaba el primer lugar del banco de la izquierda, llamaba á la puerta por donde habia de salir S. M., quedando, tanto éste como los demas consejeros, de rodillas hasta que salía S. M. y le perdían de vista. Volvíanse luégo á sentar de nuevo con el mismo órden que al principio, hasta que el secretario de cámara se presentaba en la puerta á avisar al Presidente que pasase á tener audiencia de S. M. Los consejeros de cámara le acompañaban hasta la galería dorada, y los demas se marchaban por la puerta de la Saleta.

XX.

BESAMANOS DE LOS CONSEJOS.

El segundo dia de cada Pascua, y con ocasion de regocijos y solemnidades públicas, besaban todos los Consejos por la tarde la mano á S. M., mediando prégio aviso del mayordomo mayor. Cuando los Consejos empezaban á llegar, salía S. M. acompañado de los mayordomos y gentiles-hombres á la pieza de la cámara, que era la designada para dar las audiencias ordinarias. El ayuda de cámara se colocaba á la puerta y avisaba á los Consejos. Entraba primero el Real de Castilla precedido del fiscal de la cárcel de corte y de el del Consejo; seguían los alcaldes, luego los oidores y el último el Presi-

dente, siendo éste el primero que se aproximaba á dar las Pascuas á S. M. y besarle la mano. Quedábase entónces en pié á la derecha de S. M. un poco desviado del bufete, aguardando que todos los del Consejo besasen la mano á S. M., arrimando los alcaldes las varas ántes de besarla.

En saliendo el Consejo Real de Castilla, entraba el de Aragon y sucesivamente el de la Inquisicion, al que recibía S. M. en pié, y aunque le acompañaba alguacil mayor, no besaba la mano del Rey; el Consejo de Italia, el de Portugal, el de Flandes, el de Indias, el de Ordenes, al que acompañaban caballeros de las tres órdenes, permitiéndose solamente á este Consejo entrar con acompañamiento; el de Hacienda y el de Cruzada. Los Presidentes iban diciendo á S. M. los nombres de los consejeros y secretarios que besaban su mano, y si alguno de ellos era Grande, mandábale S. M. cubrir en volviendo á su lugar. En esta ceremonia se guardaba tambien la etiqueta de no dar S. M. la mano á ningun sacerdote ni á otro que no fuera su vasallo. Acabando todos los Consejos de besar la mano al Rey, iban á besarla á la Reina, por el mismo órden.

XXI.

SALIDA DE SU MAJESTAD EN COCHE Á ALGUNA IGLESIA.

El dia designado, iba de la caballeriza á Palacio el primer coche de S. M. con las cortinas echadas y abotonadas las puntas, marchando delante el sobrestante de coches, á caballo, y á los lados los lacayos de S. M., ménos los que asistían al caballerizo mayor y primer caballerizo. Seguían el coche de respeto y el de cámara; el coche de S. M. y el de respeto entraban en el zaguan grande, y los porteros echaban en seguida las cadenas; los demas coches quedaban en la plaza, á no ser que el caballerizo viniese en uno de ellos, porque entónces se reputaba éste como de respeto. Los pajes, presididos por su ayo, esperaban en el zaguan del Rubí.

Al bajar S. M., el aposentador abría la puerta que daba á la escalera del Rubí, y un ayuda de furriera las dos del zaguanete; entraba entónces el coche del Rey, y salía por la puerta grande el de respeto. El primer caballerizo daba al caballerizo mayor el banquillo y tomaba la puerta del coche, y entrando Su Majestad en él, volvía á dar al caballerizo mayor dicho banquillo, para que lo pusiera dentro del coche, besándolo ántes. Si S. M. mandaba al caballerizo mayor que subiese á su coche, se colocaba del lado de los caballos, y el mayordomo mayor á su izquierda; si no, subía al coche de respeto, y los mayordomos y gentiles-hombres en el coche de la Cámara. Éste marchaba el primero; seguían el sobrestante de coches á caballo y cubierto, despejando la calle; el coche de respeto, los lacayos formados en dos hileras á lo largo, y dentro de ellas los pajes;

el coche de S. M., y detrás de él, á los lados, cuatro lacayos y los mozos de coches, ocupando el centro los caballerizos, cubiertos y á caballo. Cerraban la comitiva los archeros formando en medio punto.

Llegados á la iglesia, se adelantaban éstos y el caballerizo mayor si iba en el coche de respeto. Esperaban á la puerta los embajadores, grandes, mayordomos, títulos y gentiles-hombres. El Nuncio ó el prelado de mayor dignidad allí presente daba el agua bendita á S. M., y si era la primera vez que entraba en aquella iglesia, salía á recibirle el preste, vestido con capa, llevando una cruz en las manos, en cuyo caso ponía el mayordomo mayor una almohada á S. M. para adorarla, pasando en seguida á la cortina. Acabada la misa ó función, cerraba el sumiller la cortina, y si era casa de comunidad colocábanse los individuos de ella en dos hileras delante de los guardas para que pasase el acompañamiento por medio; el superior se acercaba á hablar á S. M. Si era comunidad de la Orden de Santo Domingo ó de San Francisco, y estaba presente su general, al tiempo de ponerse en marcha el acompañamiento se quedaba con los grandes y se cubría; pero si era otra Orden cualquiera, iba delante de los mayordomos. Los grandes se quedaban cerca del coche de S. M., é inmediatos á ellos los mayordomos; los embajadores se situaban en medio, y al partir el coche, les quitaba S. M. el sombrero.

XXII.

SALIDA SOLEMNE DE SS. MM. Á DAR GRACIAS Á DIOS POR ALGUN FAUSTO SUCESO.

El orden que se observaba en esta ceremonia era el siguiente: rompían la marcha los trompetas y atabales; seguían los oficiales menores de la casa, mozos, pajes ordinarios, mozos de trailla, oficiales de manos y lacayos, todos de tres en tres; marchaban á continuación los correos, ayudas de furrier, oficiales de la caballeriza, ballesteros mayores, reyes de armas, armero mayor, furrier, palafrenero, sobrestantes de coches y picadores, todos descubiertos; los pajes con su ayo, los caballerizos, el coche de la cámara, el de respeto, el del Rey, la litera del Príncipe, si lo había; los alcaldes de cortes, los capitanes ordinarios, costilleros, acroes y caballeros conocidos; gentiles-hombres de la boca y títulos, secretarios de Estado, los mayordomos de la Reina, los del Rey, los grandes; el coche en que iba la Reina; á su estribo derecho el Rey á caballo, y al izquierdo, junto á la rueda primera, el Príncipe ó Infante; al lado del estribo de cada persona real su primer caballerizo; detrás los caballerizos de la Reina, el mayordomo mayor de la Reina, el caballerizo mayor de la Reina, mayordomo mayor del Rey, caballerizo mayor del Rey, capitán de archeros; el Consejo de Estado en medio, y á sus lados los

gentiles-hombres de la cámara, un caballo de respeto, los archeros, soldados de las guardias, los caballos del caballerizo mayor con terlices, el coche de la camarera mayor, los de las dueñas de honor, los de las damas, yendo en cada uno dos damas y una menina, y un guarda-damas detrás de cada coche; el de las guarda-mujeres, el guadarnés con el terliz del caballo del Rey. Cerraba el acompañamiento la guarda de archeros desde el medio cuerpo del caballo de S. M., marchando detrás de ella el caballo de respeto del caballerizo mayor con terliz, el coche de la camarera mayor, los de las dueñas de honor y damas con los galanes á los estribos, el guarda-damas á caballo, y á lo último el coche de la guarda-mujeres. En anocheciendo los pajes de S. M. y los galanes alumbraban con hachas los coches á cuyos lados iban.

XXIII.

RECIBIMIENTO DE PRÍNCIPE EXTRANJERO.

En ninguna ocasión se desplegó tanto aparato y pompa para recibir á un príncipe extranjero en la corte de España como en la venida á estos reinos de Carlos, príncipe de Gales, en Marzo de 1623. En lo esencial guardóse la etiqueta acostumbrada en tales casos por los Reyes anteriores; pero lo inesperado de la visita, la importancia del Príncipe que la hacía, el interés político que la motivaba, no ménos que la extraordinaria galantería de Felipe IV y la afición de su ministro favorito á la magnificencia y ostentación, fueron parte á que lo ejecutado en este recibimiento se mirara en la corte hispano-austriaca como el modelo más acabado de esta parte de la etiqueta.

Un testigo ocular nos referirá, mejor que nosotros pudiéramos hacerlo, lo ocurrido con este motivo (1):

«Llegó el Príncipe de Gales á Madrid el viernes 17 de Marzo de 1623, acompañado del Marqués de Boquingam, almirante de Inglaterra, y D. Antonio Porter, de su cámara, y D. Francisco Cojinton, secretario de Estado, que le acompañaron, y el Conde de Carlet, que le seguía algunas jornadas atrás, atento á la seguridad y disimulación de su persona, y quedó en París para el efecto que se escribirá á su tiempo: apeóse el Príncipe en la posada de sus embajadores, y el extraordinario, el Conde de Bristol, dió luego cuenta de su venida al Conde de Gondomar, por haber sido embajador de Inglaterra, y él al Conde de Olivares, y el de Olivares á S. M. Y pudiendo contener este suceso el gozo al discurso más prevenido, sin hallarse el Rey embarazado de la novedad, acordó que se formase una junta, y fue-

(1) V. nuestra «Noticia biográfica de D. Diego Hurtado de Mendoza.»

sen della el Conde de Oliváres, D. Agustín Mexía, el Marqués de Montesclaros y D. Fernando Giron, de su Consejo de Estado; y el Obispo de Segovia, presidente de Flándes, y el Conde de Gondomar, ya del Consejo de Estado, y el padre confesor, y que en ella se tratase del recibimiento que en secreto y público se debía hacer con príncipe tan grande que le venía á buscar á su casa para los fines que con tanta prudencia se miran, dándole el primer lugar á las oraciones y sacrificios, y el segundo al parecer de varones señalados en experiencia y consejo.

Resolvió S. M. de recibirle con las mayores demostraciones de amor y grandeza, como á príncipe tan amigo y aficionado desta corona; pues quien tuviere mediana noticia de las historias castellanas, sabrá la antigua confederacion de estas naciones, y entre las del Setentrion la inglesa ser la más española y la fiel correspondencia de entrambas, hasta en la misma verdad corteses y nobles, y en la última paz constantes y finas. Y porque entrando en lo particular que se manda escribir, se dirá lo sucedido hasta agora y lo que fuere sucediendo, será esta relacion sólo del recibimiento público que S. M. hizo, dejando ya para el lugar en que han de verse todos los sucesos, desde que llegó á Madrid, las circunstancias de galantería y agasajo que S. M. ha hecho al Príncipe, y las que ha mandado hacer al Conde de Oliváres con S. A. y con el Marqués de Boquingam, en que ni la bizarría ni la magnificencia de España han olvidado parte lucida ni generosa, con que han quedado satisfechos el entendimiento y el ánimo, y contenta la general aprobacion, pagando todos con alabanzas lo que han merecido los aciertos. Ellos publicarán las que yo callaré, que cumplir con una modestia es más embarazo que con una conviccion, que á la vanidad bástale un lisonjero, y la templanza ha menester á la cordura. Gran daño de la lisonja haber desacreditado á la verdad, tanto que ya la tiene miedo en su alabanza el que la merece. Y porque las relaciones deben ser ciertas primero que elegantes, lo que en ésta se deseare de mejor hablada se le perdone por verdadera, y salga en favor de la claridad del lenguaje un término cortesano que al discreto llama entendido, y no deja de ser ingenio en lo oscuro haber hecho arte de lo que no se puede enmendar, aunque se conozca el error, que hasta el estilo ha padecido mudanzas y áun desdichas en el que nació nuestro. Escribo la entrada pública del Príncipe, que fué desta manera:

Domingo 26 de Marzo, á las nueve de la mañana, pasó el Príncipe de las casas de sus embajadores, donde estaba encubierto, á San Jerónimo, acompañándole todos los caballeros ingleses y españoles, D. Agustín Mexía y el Marqués de Montesclaros y el Conde de Gondomar y D. Fernando Giron. Este convento real, que está en lo eminente del Prado, de

donde recibe Madrid en público á los reyes, y que desde él hasta palacio se continúa una calle que llaman la Mayor, tiene un cuarto bastante al retiro de algunos dias, que estaba adornado con gran lucimiento, y en él, como su alcaide, el Conde de Gondomar hospedó á S. A. con mucha ostentacion, acudiéndole muchos caballeros deudos de su casa. Comió allí temprano el príncipe, servido con grandeza, y los que le acompañaban con autoridad y regalo.

Antes de comer le visitó el obispo de Cuenca, inquisidor general, y recibióle S. A. agradablemente, mandándole cubrir, y escusándose el obispo con que no se cubría delante de S. M., no le oyó sin que se cubriese atendiendo á su persona y á la dignidad de su oficio.

Á la una fueron los Consejos á caballo por su orden á besar la mano al Príncipe, con acompañamiento de ministros de sus tribunales, en que se incluye gran parte de la corte, en la misma forma que al Rey nuestro señor el dia de su primera entrada pública en la sucesion dichosa destes reinos.

Esperaba el Príncipe arrimado á un bufete, y en llegando el Consejo, que con este nombre se dice el de Castilla, se quitó S. A. el sombrero y salió á recibir al presidente á la mitad de la pieza, donde despues de haberle hecho tres reverencias como á S. M., hincó la rodilla y le pidió la mano, y S. A. la retiró y echó los brazos con demostracion de lo que estimaba al que es cabeza de Supremo Tribunal de Justicia, tan venerado en España. Levantóle, mandándole cubrir muchas veces, y habló descubierta por llevar orden de S. M. que lo hiciese así quien no fuere grande. Y porque se habían publicado decretos en los Consejos para que en todas las materias de gracia en que intercediese el Príncipe fuese obedecido como el Rey y el almirante en su nombre, le hizo el presidente en esta conformidad un breve razonamiento del gusto que S. M. tenía de que sus ministros y vasallos le recibiesen y respetasen como á su misma persona, la grande alegría de España con su venida, la nueva luz que ya se prometía el mundo, el parecer que la encaminaba el cielo á gloriosos fines, con cuánta voluntad se ofrecían todos á su servicio, y que esperaban en Dios se lograrían nuestras esperanzas. Oyóle el Príncipe con advertencia y agrado, y siendo intérprete D. Francisco Cojinton, respondió que entre las señaladas mercedes que S. M. le había hecho hasta entónces, tenía ésta por mayor, y que ansí la estimaba tanto y holgaria demostrar cuán reconocido se hallaba á tan reales demostraciones, satisfaciendo á todo con mucho cumplimiento, conservando majestad propia como si estuviera en su corte, y usando de gran cortesía como quien se hallaba en la ajena, recibéndolo y estimándolo como príncipe.

Fueron llegando los consejeros, refiriéndole el Presidente el nombre de cada uno, quitando el sombrero el Príncipe, dándoles los brazos y no la mano, aunque hincada la rodilla se la pidieron; salió el Consejo con la misma autoridad con que entró, y S. A. intentó salir con él, estando descubierto hasta que se despidieron todos.

Al Consejo de Castilla siguió el de Aragon en la misma forma, dando algunos pasos el Príncipe á recibille, y el conde de Chinchon, tesorero general por faltar vicecanciller y preceder por su oficio á los regentes, le hizo una plática, que en sustancia fué referille en nombre de S. M., lo mismo por la corona de Aragon que el Presidente por la de Castilla. Respondió con la misma estimacion sin dar la mano á ninguno y quitándose el sombrero á todos.

Llegó el de Italia, y á su Presidente el Conde de Monterrey mandó cubrir como á grande, y de parte de S. M. ofreció el Conde á S. A. por Italia lo mismo que le ofrecieron ántes por Castilla y Aragon, á que respondió con igual satisfaccion y agradecimiento, y con las mismas cortesías en no dar la mano y quitar el sombrero á todos; y en esta orden le hicieron reverencia, le hablaron y fueron recibidos los Presidentes y Consejos de Indias, de Ordenes y Hacienda.

El de Estado, el de Guerra, Portugal y otros no acostumbraban á salir en actos públicos, y así no fueron.

Llegó á lo último la villa, que desde su Ayuntamiento salió á caballo, el Corregidor y treinta y dos regidores con vestidos y ropas rozagantes de tela riza de plata y oro y los aderezos de los caballos, gualdrapas, guarniciones, estribos, todo con el mismo lustre con que recibieron á S. M. en la entrada desta monarquía.

La grandeza deste acto representó la del Rey, y con ninguna pudo S. M. hacer más aplauso á la venida del Príncipe, ni otro pudiera hacella igual cuando le hubiera: porque en los demas reinos tendrán sus principes el poder en las armas para ser obedecidos y respetados de los suyos; pero el Rey nuestro señor, con sólo las letras de varones tan eminentes, con sólo la severidad y entereza de su Consejo, es rey de sus vasallos, y há menester los ejércitos y armas sólo para sus enemigos, que á Su Majestad no le descubre rey tan grande lo dilatado de su imperio cuanto la obediencia y amor de los súbditos, conservada en la rectitud y justicia de sus tribunales, por cuyo medio se comunican sus acciones al pueblo; y estos que en el venerable respeto de sus vasallos le hacen tan rey, quiso que hiciesen reverencia al Príncipe.

A las tres salió la caballeriza de S. M., caballerizos y pajes y oficiales con gran lucimiento, acompañando á pié los caballos del Rey y del Príncipe,

cubiertos con terlices, y el de S. A. á la mano derecha, y con ellos D. Jaime Manuel, marqués de Belmonte, y D. Diego Lopez de Haro, marqués del Carpio, gentil-hombre de la Cámara de S. M., haciendo oficios de primeros caballerizos; el de Belmonte, del Príncipe, y el del Carpio, del Rey, y detrás los caballos del marqués de Boquingan y del conde de Olivares, como caballerizos mayores, y el del conde de la mano izquierda, llevándolos del diestro los lacayos del Rey.

Las guardas española y tudésca fueron á ponerse en orden á San Jerónimo, y la de los archeros á caballo, armada y lucida en la forma que en las entradas públicas de S. M. y con el mismo adorno.

Los grandes, los títulos y caballeros esperaron allí á S. M., que salió de Palacio ántes de las cuatro en coche cubierto y con él el duque del Infantado y el conde de Olivares. Llegó S. M. á San Jerónimo por las calles repetidas, y entró sin descubrirse, y subiendo al cuarto donde estaba el Príncipe por la escalera secreta; bajó S. A. á recibirle la mitad, queriendo hasta bajo, mas no le dió lugar el estar embarazada con los grandes que le esperaban en ella. Hiciéronse muchas cortesías, y continuándolas llegaron á su aposento; y porque estaba todo en orden, salieron á ponerse á caballo por el claustro mayor del convento, viniendo el Príncipe á la mano derecha del Rey. Los caballos estaban uno en frente de otro; pusieronse en ellos á un tiempo sin volverse las espaldas; entraron en el palio juntos, y resistiendo el Príncipe el tomar la mano derecha, Su Majestad le dijo que había de ser, y así lo admitió, llevando el palio el corregidor y regidores á pié y descubiertos, y en el traje autorizado que fueron á besar la mano al Príncipe. Vinieron caminando, ajustando los caballos de manera que no se adelantase ninguno, siempre atentos á esta igualdad, y venía el acompañamiento en esta disposicion:

Delante los trompetas, chirimías y demas instrumentos, y en lo primero los alcaldes de corte, y que, por serlo tambien de la casa de S. M., les toca este puesto. Seguíanles los acroyes y costilleres; luego los gentiles-hombres de la boca, y entre ellos caballeros conocidos, sin ser criados del Rey, donde si no es con desaire de entremetido no puede ir quien no fuere persona de conocida nobleza, y se manda retirar al que sin ella se pone en lugar que no tiene. Venían más atras los maceros con sus insignias al hombro, despues los mayordomos, á lo último los Grandes, y entre ellos y el palio los reyes de armas; y á pié junto al Rey, y sirviendo tambien al Príncipe, sus caballerizos y pajes, y al estribo de S. A. el marqués de Belmonte, y el del Carpio al de S. M.; y por ambos lados, en hileras, las guardas, y la de los archeros á caballo ciñendo el palio en media luna, y dentro del escuadron los

dos caballeros mayores, conde de Olivares y almirante de Inglaterra, y los Consejeros de Estado y gentiles-hombres de la Cámara.

Deste modo pasaron la calle Mayor, donde á distancias había tablados en que los representantes con bailes y representaciones acompañaban al regocijo del pueblo, que en ventanas y calles adornadas ricamente era cuanto en nobleza y en número encierra la corte en cualquier concurso, siempre grande, y en esta ocasion mayor, ya por aplauso que hacen al Rey cuando sale, mirándole siempre con deseo y alegría, ya por ver á un príncipe forastero, grande en sí mismo y grande en la novedad, en quien todas las demostraciones del Rey y de España, no vistas otra vez, parecieron iguales y debidas á la confianza del Príncipe, y Madrid, no enseñada que le admire ninguna grandeza, tuvo ésta por la mayor, no sólo admirable por serlo, sino por la brevedad con que se dispuso en cuatro dias, que por traer luego á palacio á su alteza no quisieron dilatar su entrada, y ninguna prevención pudieron hacer más lucida.

El Príncipe conservó su traje inglés y con cuidado particular, sin riqueza, observando la desprevencion de su venida, bizarro en el talle y en la demostracion, y de presencia y arte verdaderamente real.

El Rey, á quien tocaba festejalle, y como dueño de la ostentacion, la hizo en todo su vestido noguerado, bordado de oro, con alamares de flores de lises, y aunque tan rico, más excelente en el buen gusto, y que hiciera galan al de más espíritu y gallardía en que S. M., Dios le guarde, por hombre se hallare Rey.

Las galas de los grandes, títulos y caballeros excedieron á los más señalados dias de España en los bordados y uniformes, los vestidos y aderezos de los caballos, y á todos aventajaron en las libreas el conde de Olivares, el almirante de Castilla y el duque de Cea. Siempre que el Rey se quitaba el sombrero á alguna iglesia ó imágen, se descubria el Príncipe, y á las señoras que estaban descubiertas, que tapadas y en público era lo más grave y generoso de la corte; y el Príncipe hizo tambien cortesía al Consejo, que en viendo el palio esperó en pié y descubierto, llegando á palacio á las seis y media con la misma majestad que salieron de San Jerónimo, siendo la tarde apacible, habiendo llovido toda la mañana porfiadamente; y en ménos esperanza ya creído el deslucimiento y embarazo del agua, al ponerse á caballo S. M. y A., se serenó el cielo, mostrándose en todo de su parte el dia. No hago misterio dello; es circunstancia de la puntualidad desta relacion, y lo necesario nunca sobra.

Apeáronse á un tiempo en el zaguan principal, donde esperaban los pajes del Rey con hachas y por el patio primero, yendo el Príncipe á la mano dere-

cha, y con todo el acompañamiento subieron al cuarto de la Reina nuestra señora, que esperaba en su estrado acompañada de la duquesa de Gandía, su camarera mayor, y de la condesa de Olivares y dueñas de honor y de todas sus damas y meninas; en que se vió nueva grandeza, mayor la del Rey en su palacio que en su corte.

Ocuparon su puesto los mayordomos con bastones, y el conde de Benavente el de mayordomo mayor. Al llegar á las puertas convidaba el Rey al Príncipe á entrar primero, y excusándose siempre Su Alteza, entraba delante, y al llegar á la pieza del estrado fueron mayores los cumplimientos. Quedáronse todos los grandes, y entraron el Rey y el Príncipe solos, y la Reina, llevándole la falda su camarera mayor y acompañándola la condesa de Olivares y quedando las señoras de honor, las damas y meninas y mayordomos donde habían de asistir, salió á recibir á la puerta al Príncipe, que hizo reverencia muy baja á la reina y S. M. muy grande á S. A., y allí fueron las primeras cortesías, y acompañada del Rey y del Príncipe la Reina en medio y el Príncipe á su mano derecha, subió al estrado y se sentó en la silla que está siempre de respeto para S. M. debajo del dosel, y el Príncipe á su lado derecho, llegándole la silla el conde de Benavente y al Rey el duque del Infantado, como su mayordomo mayor, mandóle cubrir S. M., y por preeminencia de sus oficios quedaron sobre la tarima.

Entraron los grandes que subieron luego, mandándose S. M., y tambien quedaron cubiertos los caballeros y señores que tenían lugares con los demás, autorizada costumbre de palacio que sea la mayor grandeza esta decente permission; y aunque los reyes de España tienen tanto en que hacer ostentacion de la majestad, en ninguna más lucida que en su palacio, y para recibir á un Príncipe en nada se pueden mostrar mayores, parte real no competida ni imitada de otro rey; y aunque para el lucimiento de las damas no hay dia señalado, en éste se señalaron todas en bazarria y hermosura.

Estaba el Conde de Bristol hincado de rodillas sirviendo de intérprete á la Reina y al Príncipe; duró la plática lo bastante á las cortesías del recibimiento, que fueron muchas. Levantáronse, y bajó la Reina con el Príncipe la tarima de su estrado, despidiéndose con las mismas reverencias que se recibieron, y en tanto que se despejaba la pieza quedaron en medio de ella el Rey y el Príncipe descubiertos, y el marqués de Boquingan llegó á besar la mano á la Reina, que le recibió en pié honrándole mucho, siendo tambien intérprete el conde de Bristol.

Salieron todos, y el Príncipe, siempre á la mano derecha del Rey, haciendo cortesías á las damas, y S. M. con él los propios cumplimientos, dándole

en las puertas y en todo el mejor lugar, acompañándole por los corredores á su cuarto; y al bajar la escalera en la parte que se divide para subir al del Rey, hizo el Príncipe grande instancia para acompañarle y que se quedase en él, y S. M. prosiguió acompañándole hasta su aposento por las escaleras y el patio mayor, y á la mitad dél salieron á recibirle del cuarto del Príncipe, donde le esperaban los señores Infantes D. Carlos y D. Fernando haciendo iguales reverencias. Y habiendo pasado los cumplimientos, le fueron acompañando, y á las puertas se hicieron el Rey y el Príncipe las mismas cortesías, y el Príncipe con los Infantes, y siempre entró primero, llevando la mano derecha. Y llegando á la galería que tiene ventana á la plaza de palacio, se detuvieron conversando un poco, y el Rey se despidió para que reposase, y salió S. A. acompañando á S. M. y sus hermanos hasta la última puerta que se comunica con el patio, y en su aposento y á la salida tomó el Rey la mano derecha, usando hasta en esto de galantería, que estando ya el Príncipe en su casa propia, trataba á S. M. como á huésped.

Quedó el conde de Olivares asistiendo á S. A., y S. M. acompañado de los Infantes y de los grandes y caballeros, subió á su cuarto por el patio y corredores, y por donde sale á la capilla en público entró en su cámara y pasó al aposento de la Reina. Bajaron al del Príncipe muchos señores á ver la majestad y el lustre de su adorno, el mayor que los reyes guardan para sí ordinariamente en palacio de gran esplendor y todo agora más real. Estaban señalados para servir siempre la vianda al Príncipe los gentiles-hombres de la boca del Rey, todos los títulos y caballeros de la primera nobleza del reino, y los que sirven á S. M. en el mismo ejercicio cuando come en público. Trujéronle la vianda ellos propios desde la cocina, acompañándola un mayordomo y un ujier y las guardas, y sirviéndosela con la misma reverencia y ceremonia que á S. M., quitando el sombrero el Príncipe al que le servía la copa, cuando se la daba, y á todos al principio y al levantar la mesa. Asistieron á la cena algunos grandes, y el conde de Monterrey y el marqués de Montesclaros, y los condes de Gondomar y de la Puebla, mayordomos de S. M., con orden para hacerlo continuamente.

Retiróse el Príncipe en habiendo cenado y salieron los señores, y al almirante de Inglaterra, aposentado también en palacio, sirviéronle los gentiles-hombres y pajes del conde de Olivares con la autoridad que en España se acostumbra en las casas de los grandes señores.

Aquella noche envió á decir el conde al marqués de Flores Dávila, gentil-hombre de la cámara de Su Majestad y su primer caballero, que mandase que

por la mañana viniesen al aposento del marqués de Boquingan todos los pajes del Rey y continuasen cuatro cada día á vestirse como á caballero mayor, y que le llevasen el palio por serlo del Príncipe, y aunque el conde lo había dudado por corta cosa, le pareció cortesana y de estimación para el marqués, por ser preeminencia de aquel oficio.

Mandáronse poner luminarias por todo el lugar y tres noches siguientes, por donde la alegría y el alborozo común trataba al Príncipe con aplauso de extranjero y con amor de natural; y S. M., cumpliendo con cuanto le ha merecido la novedad y confianza de la causa, no ha dejado en grandeza, en caricia, en agasajo nada que pueda echar menos la atención del mundo y la esperanza de S. A., justamente fiada y correspondida de la cortesía española, que le paga cuanto le merece; y si es gloria del Rey venir por su persona misma un príncipe tan señalado á estrechar en él sus amistades y confederaciones, mayor por el modo de la acogida y hospedaje, que en suceso tan sin ejemplo ninguno podía encaminar el acierto, y el que se buscaba había de verse al discurso propio necesitado de consecuencias, y esta vez no halladas, y lo que se empieza siempre es difícil, pero al valor y al entendimiento de S. M., crédito de más años y aún de los mayores fué lo más fácil acertar con lo mejor, siendo de las felicidades de su imperio tener consejeros tan prudentes de quien valerse y á su lado al conde de Olivares, y gran dicha de esta ocasión el llegar á manos de S. M. que ha sabido lucilla tanto; y cuando S. A. no se hallara príncipe tan grande por hijo del rey de la Gran Bretaña, por el recibimiento que S. M. le ha hecho, por las demostraciones de su corte y de todos sus vasallos, conociera que ha nacido gran príncipe, sin negarlo ninguna de sus acciones, sin hallarse nuevo el estilo de nación tan diferente, mostrando que á los reyes todo se lo enseña la obligación, y que la tienen de saberlo todo.

RELACION DE LA PRIMERA ENTREVISTA DEL PRÍNCIPE DE GALES CON LA INFANTA DOÑA MARÍA.

Domingo 16 de Abril se resolvió que el señor Príncipe de Gales viese á la señora Infanta doña María, porque estaba con gran sentimiento S. A., y todos los ingleses que aquí hay, que son ocho ó diez señores de los más principales de Inglaterra, de que no la hubiesen dejado ver. Y habiéndose tratado el caso en el Consejo de Estado, se resolvió Su Majestad de que á las cuatro de la tarde la viese en su aposento de S. M. de la Reina.

Subió el Príncipe de Gales por una escalera secreta al aposento del Rey con el almirante de Inglaterra, que es el privado, y con los dos embajadores ordinario y extraordinario, y con los demas

señores de Inglaterra que aquí hay. El Rey le esperaba con todos los grandes y con todo el Consejo de Estado y con todos sus criados; las guardas estaban todas puestas desde el aposento de S. M. hasta el de la Reina. Salió S. M., yendo el Príncipe de Gales á la mano derecha, y había tan gran cantidad de gente, que no bastaban las guardas para que no hubiese muy grande apretura. La pieza de la Reina estaba muy bien aderezada y toda alhombrada; en la tarima había cuatro sillas iguales arrimadas al dosel. Estaban con la Reina la camarera mayor y la del Infantado, que mandó el Rey que estuviese allí, y la condesa de Olivares y la duquesa de Fernandina; y de fuera de palacio no hubo nadie; estuvieron todas las señoras de honor de la Reina y de la Infante, y las demas puestas por las dos partes de la pieza. No salió S. M. de la Reina á recibir al Príncipe á la puerta como había de hacerlo, porque pareció que no convenía que la señora Infante saliese. Así se concertó con los embajadores de Inglaterra.

En entrando el Rey y el Príncipe en la pieza de la Reina, se levantaron en pié la Reina y la señora Infanta, y á pocos pasos el Príncipe y el Rey les hicieron una reverencia, y al llegar de la tarima otra muy baja. No se apartaron de las sillas Su Majestad y S. A. El Príncipe llegó á la Reina y la habló por intérprete; la Reina y la Infanta se sentaron en las dos sillas de enmedio; la Reina á la mano derecha, junto á la Reina se sentó el Príncipe de Gales. Sobre la tarima no había más que el duque del Infantado, mayordomo mayor del Rey y el conde de Benavente, mayordomo mayor de la Reina. El duque del Infantado volvió un poco la silla al Rey para que pudiesen hablar con más comodidad, lo mismo hizo el conde de Benavente con la del Príncipe de Gales. En sentándose llamó el Príncipe al conde de Bristol, embajador extraordinario de su padre, y envió con él un recaudo á la señora Infanta, el cual se le dió hincado de rodillas y descubierto, y hablando con el Rey siempre en pié y cubierto. La señora Infanta le respondió mesuradísimo, y luego cosa de dos credos despues, se levantó el Príncipe y dió un recaudo de parte del Rey su padre á la señora Infanta, coloreando har-to S. A., y luego se volvió á asentar en su lugar. Cuando el Príncipe se levantó, se levantaron la Reina y el Rey, y estuvieron en pié todo el tiempo que el Príncipe habló con la Infanta; y luego de allí á poco rato se levantaron el Rey y el Príncipe, y hicieron sus reverencias á la Reina y á la Infanta, una sobre la tarima, y otra bajada la tarima en la mitad de la pieza.

RELACION DE LA VISITA QUE HIZO EL PRÍNCIPE DE GALES Á LA REINA Y Á LA INFANTA DOÑA MARÍA, DESPUES DE AJUSTADAS LAS CAPITULACIONES MATRIMONIALES.

Jueves 20 de Julio fué el Príncipe de Gales á visitar á la Reina nuestra señora y á la Infanta, siendo la primera vez que el Príncipe la via despues de haberse acabado lo de los casamientos. Mandó Su Majestad que para las cinco estuviesen todas las guardas de Palacio, y los Grandes y Consejeros de Estado. Subió el Príncipe por una escalera secreta que va á dar al aposento en que el Rey duerme. Venían (1) con el Príncipe el duque de Boquingan, almirante de Inglaterra, los dos embajadores ordinarios y extraordinario, el capitan de la guarda, caballero mayor y otros, y siete ú ocho señores y caballeros y gentiles hombres de la Cámara, y otras personas no tan conocidas como éstas, que serían en todos como unas treinta personas. Salieron el Príncipe y S. M. á las seis, y había tanta gente y tantas reboçadas en el corredor, que no podía la guarda hacer lugar. En el antecámara de la Reina, mandó el Rey que no entrase nadie delante dél si no fuesen los mayordomos que llevaban los bastones y el duque del Infantado (2). Aguardaron la Reina y la Infanta al Rey y al Príncipe en la galería grande nueva. En entrando el Rey y el Príncipe se levantaron S. M. y S. A., y no se apartaron de sus sillas, porque aunque había la Reina de llegar hasta la puerta, por estar la señora Infanta con ella, que hasta que no se despose no ha de salir á recibir al Príncipe, se estuvieron quedas.

Estaba la señora Infanta vestida de una telilla de Milan, de plata y encarnado y algunas cosillas negras, y muy gentil dama, porque aquel dia se había puesto chapines. El Príncipe iba vestido de naranjado bordado de plata.

Estaban las damas puestas por toda la galería de arriba á bajo, y fué la gente tanta, que hasta casi la tarima llegó; de manera que no se vian las damas, y aunque se hicieron muchas diligencias para despejar, no fué posible. Aquella noche hubo comedia y salió la señora Infante en público á oirla. Sentáronse en medio del dosel, en sillas, la Reina y la señora Infante, la Reina á la mano derecha, y junto á ella el Príncipe de Gales; y el Rey nuestro señor se sentó junto á la señora Infante; junto al Príncipe de Gales se sentó el Infante D. Carlos, y junto al Rey nuestro señor, el Infante Cardenal.

SÁBADO 22.

Fueron el duque de Boquingan y los embajadores, y todos los señores y personas de cuenta á

(1) Sobre esta palabra se lee á modo de enmienda, de letra de Don Diego Hurtado de Mendoza, *subieron*.

(2) Al margen, tachado y de letra del mismo Hurtado de Mendoza, dice: «Porque era tanta la apretura, que hasta casi la tarima llegó la gente.»

besar la mano á la señora Infante, en su aposento, y la de Olivares, que siempre se halla á todos estos actos, el conde de Benavente y el conde de Olivares, el marqués de Baydes y otros no sé cuántos. Llegó el primero Boquingan (y levantóse la Infante) (1), y, aunque hizo muchas instancias, no le quiso la Infante dar la mano; y él, viendo aquello, le juró por vida del Rey de Inglaterra que se la diese, y ella se la dió. El caballero que servía de lengua era católico, y viendo que no quería darle la mano, le juró por el Santísimo Sacramento se la diese, y ella se la dió. A los embajadores ni á los demas que estaban allí no se la quiso dar.

XXIV.

RECIBIMIENTO DE LEGADO PONTIFICIO.

La recepcion de legado de que se han podido reunir noticias más completas es la que tuvo lugar en 1626 con motivo de la llegada del cardenal Francisco Barbarino, sobrino de Urbano VIII. Estaba S. M. en Aragon cuando llegó este legado á las costas de España, y apenas tuvo conocimiento de su arribo, mandó al conde de Lida fuese á darle en su nombre la bienvenida. Hizolo el conde con gran ostentacion, seguido de muchos caballeros de la corte, y en Barcelona cumplió la orden de S. M. acompañándole hasta la raya de Aragon y Cataluña, donde por mandado de S. M. le esperaba el conde de Oñate, que le siguió hasta introducirle en la corte con gran aparato y grandeza. El Infante D. Fernando, cardenal arzobispo de Toledo, envió al conde de Puñonrostro, gentil-hombre de su cámara, para darle la bienvenida, como lo verificó en Guadalajara con numeroso séquito y extraordinario lujo de libreas. Cuando el prelado llegó á Badajoz, fué aposentado y regalado por el conde de este título, recibiendo allí las visitas de los arzobispos de Sevilla y de Méjico, de grandes y señores. Interin regresaba S. M. á la corte, pasó el cardenal á Aranjuez y volvió luego á Barajas, hasta que, habiendo venido S. M. señaló el dia 24 de Mayo para recibirle. Salió por la mañana temprano de Barajas, y entró en Madrid á las nueve de la misma, acompañado del conde de Oñate; fué á apearse en el convento real de San Jerónimo, saliendo la comunidad á recibirle con cruz, palio y música; y habiendo adorado al Santísimo Sacramento, dirigióse por la escalera principal al cuarto que le estaba preparado. Dióle la llave de él D. Antonio Sarmiento y Acuña, hijo del célebre conde de Gondomar, alcaide de esta casa. Al poco rato llegó á darle la bienvenida en nombre de S. M. el duque de Sesa, acompañado de algunos grandes, señores y caballeros.

Luégo vino á visitarle el Infante Cardenal, y el

legado le dió la mano derecha; estuvieron debajo del dosel, y los tratamientos fueron de Alteza y de Ilustrísima, despidiéndose S. A. con muchas cortesias y volviéndose á Palacio. El Ayuntamiento de Madrid, siguiendo la costumbre establecida en tales casos, le presentó una mula con gualdrapa, ricamente aderezada. A las cuatro de la tarde, acompañado del conde de Oñate y demas séquito de caballeros, pasó á la puerta de Alcalá, donde habían levantado un tablado y en él un altar primorosamente adornado, y á un lado había un sitial y silla de brocado, en que se sentó, y asistido del patriarca de Antioquia y de otro obispo, recibió la obediencia de todas las religiones, nombrando el vicario general de Madrid, que se hallaba cerca, los nombres de cada uno. Vino la última la clerecía, y en ella la capilla real con el arzobispo de Méjico, vestido de pontifical. Acabado este acto, se vistió el legado con capa de pontifical y esperó á S. M., que había salido de Palacio á las seis de la tarde, seguido de toda la corte. Entró S. M. por el arco de enmedio de la antigua puerta de Alcalá; adelantose unos pasos fuera de él el legado, montado en su mula; quitóse el Rey el sombrero y el legado el bonete; hablaron un rato con grandes muestras de afecto, y tomando S. M. la derecha, se encaminaron á Palacio. Todas las calles por donde pasaron estaban colgadas, y el orden en que iban era el siguiente: marchaban delante dos trompetas y algunos correos, seguía la recámara del prelado, los caballos de respeto con gualdrapas de terciopelo, sus ayudas de cámara y los pajes; luego los alcaldes de casa y corte, costilleros, acroes, gentiles-hombres y caballeros, los maceros, los mayordomos, grandes, reyes de armas, el camarero del legado con el guion, S. M. y el legado; y detras, el patriarca de Antioquia, el marqués de Liche, el marqués de San German, D. Luis de Haro, gentil-hombre de la cámara, monseñor Santa Cruz y D. Diego Mejía, gentil-hombre. De esta suerte llegaron á la parroquia de Santa Maria, y S. M., sin apearse del caballo, se despidió del legado y se fué á Palacio. El legado entró en la iglesia bajo el palio llevado por capellanes de S. M. Cantóse el *Te Deum*, rezáronse varias oraciones, concedió al pueblo que estaba presente doscientos años y doscientas cuarentenas de indulgencias, y subiéndose al coche, por ser ya de noche, acompañado del conde de Oñate llegó al cuarto real de la casa del Tesoro, que estaba magníficamente adornado. Sus ministros y criados fueron aposentados en diferentes casas, segun sus categorías, quedándose á las órdenes y servicio del legado el conde de Arcos, mayordomo más antiguo de Su Majestad.

Aquella noche envió á visitarle la Reina al marqués de la Mota, su mayordomo, y la Infanta Doña

(1) Las palabras encerradas dentro del paréntesis están tachadas.

Margarita al marqués de Auñón, mayordomo de Su Majestad, que la asistía.

El martes 26 le recibió en audiencia S. M., dirigiéndose á este efecto el legado por el pasadizo, acompañado de D. Duarte de Portugal; entró por el salon de la guardia, y S. M. salió á recibirle dos pasos fuera de la camarilla, hablando con él en la cámara, poniéndole silla de brazos en la forma acostumbrada un ayuda de la furriera. Pasó luego á visitar á la Reina, y volvió á su cuarto, acompañado del referido D. Duarte.

En otras audiencias que con él celebró S. M., fué el legado acompañado del conde de Arcos, asistiendo tambien á muchas funciones y comedias que se hicieron en Palacio en su obsequio, las cuales veía detras de una celosía. Visitó muchas iglesias y conventos, concediendo en ellas indulgencias; llevó la custodia en la procesion del Corpus, á que asistió S. M., y pagó las visitas á los cardenales, embajadores y grandes que eran casados. Estuvo en San Lorenzo el Real y comió un día con los frailes en el refectorio. El domingo 9 de Agosto se despidió de S. M. en presencia de los Infantes, acompañándole hasta la puerta de la camarilla. De allí fué á la cámara de la Reina, que tenía á su derecha á la Reina de Hungría y á la izquierda á la Infanta, acompañadas de las damas. Levantóse la Reina, hizole una reverencia y salió hasta la tarima, habló con el legado, y haciendo éste el acatamiento debido á la Reina y la cortesía á las damas, despidióse de S. M., acompañándole los mayordomos de la Reina hasta su cuarto. Aquella noche se despidió del conde de Olivares en la huerta de la Priora, y el lunes 10 de Agosto se despidió de los criados de S. M.; el conde de Arcos y muchos caballeros principales le acompañaron hasta la puerta de Alcalá, desde donde emprendió su viaje.

XXV.

LA FORMA CON QUE SU MAJESTAD RECIBE Á LOS CARDENALES
LA PRIMERA VEZ.

El cardenal enviaba á saber el dia y hora en que podría tener audiencia con S. M. El dia designado venía á Palacio acompañado de algunos caballeros de su séquito y familia; apeábase en el zaguan grande, subía por la escalera principal y pasaba por el cuerpo de guardia, donde estaban los soldados en pié, pero sin tomar las armas. Los porteros abrían las puertas de la sala y saleta, y los ujieres la de la antecámara, quedándose abiertas hasta que salía. S. M., avisado por el mayordomo mayor, venía acompañado de los mayordomos y gentiles-hombres hasta la mitad del cubillo, que eran dos piezas, á recibir al cardenal; pediale éste la mano, y quitábale S. M. el sombrero, y al volvérselo á poner le invitaba á cubrirse; entónces volvía con él á

la pieza donde comía, permitiéndose al acompañamiento que estaba en la antecamarilla que pasase hasta esta puerta. Tomaba S. M. silla, y el aposentador de Palacio ó un ayuda de furriera entraba una silla rasa al cardenal. Acabada la audiencia, S. M. se ponía en pié arrimado al bufete; el que puso la silla al cardenal la retiraba, y él se despedía quitándose el bonete y haciendo una humillacion con la cabeza; S. M. le acompañaba hasta la puerta de aquella pieza, le quitaba el sombrero y volvía á su cámara.

XXVI.

RECEPCION DE EMBAJADOR ORDINARIO QUE SE CUBRE.

La primera vez que algun embajador de los que se cubrían tenía audiencia con S. M., el mayordomo mayor daba las órdenes convenientes para que á la hora convenida estuviesen en la antecámara los gentiles-hombres, acroes y costilleros. En el zaguan montaba á caballo el mayordomo, llevando á su izquierda al gentil-hombre más antiguo, dirigiéndose á la casa del embajador, quien bajaba á recibirlos y montaba tambien á caballo, marchando á la derecha del mayordomo; á no ser que fuesen dos embajadores, el que se despedía y el que se presentaba, que en este caso, aquel ocupaba el centro y el segundo la derecha, llevando la izquierda el mayordomo, cambiando los embajadores los lugares á la vuelta. Llegados á Palacio subía con ellos el acompañamiento hasta la cámara donde estaba Su Majestad. Cumplida su embajada, volvía en coche el embajador á su morada, acompañado del mayordomo y gentil-hombre, despidiéndose los demas en el zaguan de Palacio.

A. RODRIGUEZ VILLA

(Concluirá.)

LOS CADETES DE MI TIEMPO. (1)

Eliminemos, lector, con el pensamiento, más de veinte años de la historia del pasado, cosa ménos difícil, por cierto, que borrar sus huellas de nuestros cabellos y de nuestras mejillas; y en dos asientos de berlina de la diligencia cuyos corceles arrastradores rige la mano y aviva la tralla del mayoral que tiene por alias *El Chato*, entremos en la ciudad de Segovia un dia cualquiera de los comprendidos entre el 5 de Julio de 1851 y el 31 de Diciembre de 1854, tiempo durante el cual fui yo cadete.

Como quiera que holgarían en este libro los más interesantes relatos tradicionales, y soy yo además poco dado á estudios arqueológicos, sin detenernos en la plaza del *Azoguejo* á contemplar el llamado

(1) Fragmento del libro inédito «Una casa vacía.»

por el vulgo *Puente del diablo*, el famoso acueducto, en tantas ocasiones descrito por eruditas plumas y tantas veces reproducido en grabados, lienzos y fotografías; sin rebuscar los orígenes de las *marranas de piedra*, ni el de la *casa de los picos*; sin recorrer claustros de conventos; ni naves de iglesias; sin conocer los pintorescos motivos que engendraron el proverbio segoviano: «De los Huertos al Parral, Paraíso terrenal;» sin enterarnos de lo que anda en lenguas sobre la *calle de la Muerte y de la Vida*; sin saborear siquiera la leyenda de Ester, la bella judía que condenada por adúltera á ser precipitada desde lo alto de Peñas Grageras, cuentan que se mantuvo en el aire por milagro de la Virgen que invocó en la hora del suplicio y hoy se venera por los católicos en el santuario de la Fuencisla; sin parar mientes, en suma, sobre nada de cuanto descubran nuestras miradas vagando por la ciudad y por sus alrededores, midamos con nuestros pasos toda la calle Real, atravesemos la plaza de la Constitución, que estará cuajada de gente, y de cacharros, si es jueves, por ser día de mercado, sigamos por la acera frente á la catedral, ó calle de los Leones, y bajemos por la Canongía Nueva, encontrando por todos esos lugares y en abundancia, soldados, cadetes, subtenientes alumnos, oficiales y jefes de artillería, que constituyen la más rica vena de la población, y si eres, lector, andaluz y pasa por tu lado una castellana burda, que puede llamarse la Jacoba y ser natural de Zamarramala, con su tez morena lustrosa y los carrillos color de amapola, su pelo negro en *bandós* pegados á la cara y atrás su castaña, hecha con una trenza de muchos ramales, sus sayas de paños de colores á media pierna, luciendo unas medias azules porque es soltera, que si casada fuese las llevaría encarnadas, su zapato escotado, su jubon negro de manga ceñida, y sobre los hombros un pañuelo de colores rabiosos apuntado en el pecho, no te imagines que vas cruzando una calle del barrio de la Viña; y, dándole un pechugon, le digas: «vaya usted con Dios, mi alma,» porque rechazándote bruscamente su maciza mano, te responderá ceñuda, con un sonsonete más acentuado que el de la moza más característica de Lavapiés:

—No me toque usted, que no soy vigüela; vaya usted á tocar á la marrana de piedra.

Y si, ganoso de temprarla, le replicas que para marranas ella, que no tiene desperdicio, te dejará con la palabra en la boca, diciendo záfiamente al marcharse, recargando al pronunciar cada e la castellana canturía:

—Puede.

Al fin de la Canongía Nueva descubrimos, y es un sorprendente descubrimiento, el Alcázar, destinado, en el tiempo á que nos referimos, á colegio de caballeros cadetes de artillería.

Situado en la punta occidental de la oblonga muela donde se sienta la población, descuella aislado, esbelto, majestuoso, imponente, atrevido, frente á la ancha verja construida en 1817, que aparece al término de la Canongía cerrando la inmensa plaza, que un tiempo lo fué de armas y se une á el Alcázar, salvando el profundísimo foso por un puente levadizo. Cierran los costados de esta plaza pretilles de mampostería de altura escasa, alternando con barandillas de hierro, que sirven de espaldares á asientos de piedra, estando coronados los pretilles, de trecho en trecho, por bolas de puente. Desde el costado Norte de la plaza, se domina el apacible valle del Eresma, y por el que mira al Sur, la estrecha y salvaje garganta por donde corre mugiendo el arroyo Clamores.

Entrando por la verja, se ve á la derecha, dentro de una empalizada, la batería de cañones, obuses y morteros destinada á la instrucción de los cadetes, y al mismo costado, una calle de árboles ofrece sombra para llegar desde la verja hasta el Alcázar: el costado izquierdo de la plaza está cerrado por el pretil en ménos de la mitad de su extensión, ocupando el resto tres edificios, que son, respectivamente, el destinado á pabellones de jefes y oficiales, el gabinete de ciencias naturales y el picadero.

Luce el Alcázar en principal término, por el frente que tenemos á la vista, la soberbia torre de don Juan II, que, «cuadrilonga en su planta (1), presenta »por sus lados más anchos que lo son más del doble »que los otros, cuatro torreones, y por los más cortos »dos, los cuales, arrancando casi á media altura sobre una repisa labrada con sartas de bolas y diversas molduras, interrumpen la majestuosa línea de »matacanes y almenas blasonadas de que consta »el cornisamiento de la torre, y sobresalen con remate análogo esculpido de escamas sus adarves. »Los cuatro ángulos no guarnecidos por cubos »diseñan limpiamente sus aristas. Encima de los »cordones de perlas que marcan exteriormente los »cuerpos de la torre, ábrense dos órdenes de ventanas cuadradas con reja, defendidas las superiores por salientes garitas angulares, ó polígonas, »que, sin sus saeteras en forma de cruz, parecieran »doseletes. El muro está enlucido de arriba abajo de »lindos arabescos que han saltado en varios puntos, »y parecidos, aunque no iguales, son los que visten »la barbacana que rodea la base de la torre y que »flanquean cubos coronados por agudos conos de »pizarra; de uno á otro extremo corre una galería, »muy cambiada en su moderna forma de cuando »la ocupaba la guardia morisca á quien fiaban á ve-

(1) Los párrafos que van entre comillas los he tomado de la notabilísima obra *Recuerdos y bellezas de España*, fruto de varios distinguidos escritores, y en la cual, la provincia de Segovia, es trabajo de D. José Quadraño.

»ces su custodia, en aquellos turbados tiempos, los «reyes mal seguros de sus vasallos, de donde se »dice haber tomado el nombre de galería de moros. »En cuanto á los tres pisos de la torre, macizamente »abovedados, nunca debieron servir de estancia á »regalados huéspedes, sino á infelices prisioneros.»

La *galería de moros*, cerrada por puertas con cristales de colores, sirve á los cadetes de clase de dibujo, y su techo está empizarrado como sus tres capiteles cónicos y los cónicos coronamientos de los torreones de sus costados.

Debajo del centro de la galería está el almohadillado portal, que se une á la plaza, salvando el foso, por el ántes citado puente levadizo.

Entramos á buen tiempo, lector, en la plaza del Alcázar; allí esta la compañía de caballeros cadetes; es hora de recreo, ó, ajustándonos á la tecnología cadetil, es hora de plazuela: hay en ésta unos ciento cincuenta jóvenes, en su habitual traje de gorra de cuartel, levita con dos hileras de botones, sin caponas, cordones, ni machete, pantalón azul sin franja y botines de paño del mismo color sobre el calzado; fácil es distinguir á los *novatos*, por lo desgarrado de los portes, lo flamante de los uniformes y las grandes dimensiones de las gorras, echadas hácia la coronilla, descubriendo así, en todo su esplendor, unas caras definidoras de las múltiples variedades del asombro, muy naturales en los que truecan, en transición violenta, las suaves mieles maternas, por los ásperos ejercicios de Belona.

Los cadetes antiguos tienen antipatía grande á las gorras altas, á las que llaman *parapetos*, gustándoles más las chatas, con carteras en los costados para guardar en ellas fósforos de cartón, y, aún siendo chatas, las aplastan todavía por el centro de la línea superior; realmente los *parapetos* son poco airoso y no los usa ningún *veterano*. Entre los cadetes hay unos pocos que llevan uno ó dos galones anchos y dorados en las gorras y en las mangas de la levita, siguiendo éstos la línea del puño; son los brigadieres y sub-brigadieres, que desempeñan en la compañía de caballeros cadetes las funciones de sargentos primeros y segundos, y, en general, se llaman *galonistas*. Contrastando con los novatos, se observan otros cadetes ya tallados, de apostura marcial, gorras grasientas y caídas sobre la nariz, desabrochados los botones de las levitas y éstas muy rozadas por las costuras, que revelan cierto aire de superioridad y aún de pelo en pecho; son los cadetes de cuarto año, los que al terminar los estudios de este serán promovidos á subtenientes alumnos, por lo que se llaman cadetes *de promoción*: sobre los que *están en promoción* no tienen, según tradicional costumbre, autoridad ninguna los brigadieres y sub-brigadieres, que han de sufrir resignados los

arrestos que por culpas de aquellos les impusieren; es una especie de censo á que entra sujeto el que recibe la investidura de *galonista*.

Reina en la plaza la más ruidosa actividad: se ejercitan unos tirando la barra; éste ronda los pabellones de los jefes y oficiales por si cambiar puede una mirada con los ojos azules de la hija del capitán segundo, y, en su defecto, con los garzos de la fregatriz; aquél habla por señas, desde el puente levadizo, con un preso que asoma la cara que puede por entre los hierros de una de las ventanas de los calabozos del castillo, y se ríe hasta la última muela, contemplando un vaso lleno de coque en salsa y una cajetilla de picadura de á seis cuartos que su amigo le enseña para consolarlo, asegurándole que se lo remitirá todo con el mozo de guardia, á quien ya tiene humanizado; algunos juegan á los bolos; emplean otros los reales que recibieron de sus apoderados en desocupar los canastos de los bolleros que se acercan al exterior de la verja; aquellos arrojan cuartos á unos chicos italianos, que, al son de los violines, cantan unas coplas muy verdes; muchos pasean á lo largo de la calle de árboles, ó por el centro de plazuela, siendo de notar que siempre van juntos los mismos; todo cadete tiene su ó sus compañeros fijos para pasear por plazuela ó fuera del colegio, paseos que suelen ser los cimientos de amistades de toda la vida: frente á la clase de ciencias naturales y al picadero, se juega al *marro*, y á esto suelen obligar los antiguos á los novatos, que, cuando el suelo esta nevado especialmente, dan batacazos descomunales, por obra de su torpeza, ó por gracia de un empujón, librándolos algunas veces de desnucarse esa providencia que vela por los inocentes; muchos están sentados en los bancos de piedra que tienen por respaldo las barandillas de hierro de los costados de plazuela; fuman casi todos, ménos los nuevos, descaradamente los de promoción, mientras no asoma por el puente el oficial de guardia, y con disimulo, para que no los vean los galonistas, los antiguos; se divierten muchos de promoción en hacer herejías á los novatos; éste organiza una orquesta con quince ó veinte de ellos, designándole á cada uno el ruido de un instrumento y enderezándole al que desafina un descomunal batutazo; aquél establece un taller para que aprendan á hacer cigarros con papel basto y arena: en una época en que se habló de espiritismo en el colegio, eran obligados los nuevos á ponerse todas las tardes formando cadena, los unos, de bola de puente á bola de puente, y los otros, con los dedos apoyados sobre éstas para trasportar, les decían, el Alcázar con plazuela y todo á la coronada villa, y así se pasaban las horas de recreo: por no ser prolijo, no describo menudamente los pescozones sueltos que

reciben cuando son enviados, v. g., á llamar bárbaro á un antiguo de malas pulgas, ni las mil y mil variedades del calvario que recorren los cadetes durante el primer año de su estancia en el colegio, tiempo inabreviable que dura la *novatada*, siendo el lugar de costumbre, por lo reservado, para inquisición de los nuevos, el hueco circular de union del pretil del costado de la plazuela que domina el Eresma, con el pretil del foso, hueco que es y se llama el *rebellin*.

En medio de aquella gritería, se oye por rara casualidad un nombre propio; casi todos los cadetes tienen sus álias, sus motes, tales como el Chino, la Mona, el Gallo, el Volcan, el Grillo, el Oso, etc., por los que son más conocidos que por sus apellidos, aconteciendo esto con algunos, aún muchos años despues de la salida del colegio.

Pero el corneta de guardia está tocando á *salas*; los cadetes se van agrupando para formar á la entrada del puente, y nosotros, lector, vamos delante de ellos á examinar el Alcázar por dentro, que despues tornaremos á encontrarlos.

Pasado el puente, la portería, un reducido patinillo que tiene una escalera de subida á la *galería de moros*, y por un callejon abovedado en cuya techumbre se ven unos listones con garfios donde se colgaron tiempos atrás lanzas y picas, entramos en el primer patio, cuadrilongo, rodeado de arcos en su planta baja y de pilares con arquivada corrido en el piso alto; al frente de nuestra entrada se descubre la escalera principal, ancha y de piedra, y á sus costados, al derecho, la enfermería y sus dependencias, en las que está la bajada á los calabozos de los sótanos, y al izquierdo el callejon que conduce al segundo patio. En el frente por donde entramos y á la izquierda, háy un cuarto para los mozos de servicio, y sobre éste tres calabozos sucios y sombríos que se apellidan *del cuerpo de guardia*, con ventanas al patio; en el costado izquierdo, y bajo los arcos, se halla la entrada al cuerpo de guardia de oficiales, y por el derecho, bajo los arcos tambien, se pasa por una puerta grande á un pequeño vestíbulo, en dos de cuyos ángulos hay, en cada uno, un armero cónico con los fusiles y las fornituras de los cadetes, y del vestíbulo, á los cinco salones que constituyen lo reservado del Alcázar, los restos de su pasada grandeza.

El primero y mayor de los cinco salones, titulóse un tiempo *de la galera*, por su forma tal vez, y hoy se llama *recibimiento*, porque en él reciben los cadetes las visitas de sus familias. Nada notable se observa en su decorado: una fila de retratos al óleo de generales de artillería llena los cuatro frentes, y hay para sentarse sofás de caoba y rejilla; pero, alzando los ojos, se admira una techumbre de be-

lleza incomparable, chispeante de oro y matizada de azul y púrpura, en la cual y en las notabilísimas tambien de los otros cuatro salones, apuraron su primor en el siglo XV los más excelentes maestros de alfargia. En el balcon del *recibimiento*, que domina el valle de Eresma, se nota sobre el pasamanos de la barandilla una pequeña cruz de hierro, en memoria de que desde allí, el año de 1366, se le cayó de los brazos á la nodriza el infante D. Pedro, hijo de D. Enrique de Trastámara, arrojándose aquella detras y pereciendo como el niño.

A la derecha del *recibimiento* está la *sala del trono*, en la que sorprende la preciosa cúpula artesonada que le sirve de dosel ó pabellon—por lo que tambien se llama *del pabellon* esta sala—y que se demuestra en lo exterior cubierta de cónico capitel.

A la izquierda se entra, primero, en la *sala de las piñas*, así llamada por las que cuelgan de los ricos rosetones de su techo, sala en que se conservan multitud de instrumentos geodésicos y modelos de fortificación y de máquinas para la enseñanza de los cadetes; sigue *la de los reyes*, nombre tomado de la serie de efigies reales que rodean el friso del salon; esta sala contiene la magnífica biblioteca del colegio; y se pasa, por último, á la *sala del cordón*, que así se denomina porque su techo suntuoso está circuido de un cordón, conmemorativo del arrepentimiento de D. Alonso *el Sabio* de un pecado de soberbia.

Cuentan que, habitando el Alcázar el rey de las Partidas, fué osado á decir un dia, *que á consultarle el Creador, de otra suerte fabricara el universo*, por lo que le reconvino el franciscano Fr. Antonio de Segovia, y á las pocas noches se levantó gran tempestad, cayendo en aquella sala un rayo que quemó el tocador de la reina: asustado el rey, confesó su culpa, atribuyendo á ella la furia del cielo; la tempestad se calmó, y, en recuerdo del suceso, se coronó con el cordón de San Francisco aquella sala, que se llama tambien *del tocador de la reina*.

Volvamos, lector, al primer patio, notando, al salir por el vestíbulo donde están los armeros, que además de la puerta de entrada al recibimiento, hay otras dos, á la derecha la una y á la izquierda la otra, que conducen, á una habitacion la primera y á dos corridas la segunda; y si nos asomamos á cualquiera de las tres, veremos en ella, al fondo y sobre un caballete, un encerado; un cajon con pedazos de yeso y de bayeta amarilla á su pié; frente al encerado un sillón detras de una mesa con recado de escribir, y filas de bancos en los costados de la sala, cuyo menaje indica que están destinadas á clases de los cadetes.

Á juzgar por el vocerío que se oye, mezclado con el ruido característico de la vajilla y del cristal

en movimiento, deben estar los cadetes en el comedor. Subamos la escalera de piedra y al llegar al ancho corredor, dejando el rastrillo que cierra dos de sus frentes, donde están las salas quinta y sexta, sin ocuparnos del paso que hay á nuestra izquierda á la escalera que conduce á la clase de geografía y sala novena, ni de una puerta coronada por una pequeña reja, detras de la que quizá se descubra el rostro de un cadete preso en aquel calabozo, que se llama *de la quinta*, tomemos á la derecha, y á los pocos pasos encontraremos la entrada al antecomedor, del que se pasa al comedor, salon claro y espacioso, con balcones á uno y otro lado, que miran respectivamente al gimnasio y al segundo patio, sobresaliendo en el testero, sobre la chimenea y en marco dorado, un gran lienzo al óleo, que representa un capitán ayudante de artillería mostrándole á un cadete aquel artículo de la ordenanza que comienza: «Se hará entender á los caballeros cadetes que merecen poco aprecio, etc.» artículo escrito en una lápida que se apoya vertical sobre una cámbria. Está el comedor rodeado de anchas mesas, y, sentados á ellas, los cadetes, notándose á la derecha de nuestra entrada, en el frente pié del salon, una sin mantel, que es la *mesa de arresto*.

Si es hora de almuerzo, entrarán los ayudas de cámara y mozos con platos colmados de sabrosas migas con pimenton, y con bandejas llenas de jicaras de chocolate, que los brigadieres y subbrigadieres, ó repartidores de semana de cada mesa, distribuyen con equidad notoria, sin atenerse al proverbio que atañe á esta faena: á la *mesa de arresto* no van chocolate ni migas, contentándose los comensales, cada uno con un estrecho panecillo, por más que alguno de ellos, *de promocion*, fija codicioso sus miradas en un plato que corre de mano en mano en una mesa de novatos, depositando cada cual en él una ó dos cucharadas de migas, tributo por el arrestado impuesto y que recogerá despues condensado, prensado mejor dicho, en un vaso, ó quizá dos, que le serán entregados tan religiosamente como el trimestre de contribucion á una banda carlista.

En otras mesas, que no son de nuevos, tambien echa cada uno en un plato su óbolo de cucharada de migas; pero la suma total se destina al que por turno le corresponde: en esas mesas se le da un beneficio, digámoslo así, todos los dias, á uno de los socios, y buen cuidado tiene de advertir su derecho aquél á quien *le toca la cucharada*. Muchos antiguos guardan migas en un vaso para sus amigos arrestados en la mesa sin mantel, ó en el calabozo, y otros, con destino á sus estómagos, extraen del panecillo el migajon, y el ánima que se forma, la cargan, atacando bien, con parte de las migas y del chocolate, cuyo relleno, que toma el nombre de *pavo*, no sabe mal despues de las primeras clases,

y aún tiene saludable virtud esa descentralizacion del almuerzo.

Algunos cadetes ciernen el plato de migas, y separan y desechan las que, secas y gruesas, van á la superficie por su poca densidad, y se llaman *paralelepipedos* por la figura en que está cortado el pan, y sólo se comen, con ó sin mezcla de chocolate, las menudas y jugosas que se quedan en el fondo.

De la comida no se sirve en la mesa de arresto más que la sopa y el cocido, y es de notar, en general en todas, que á las vinagreras les cuadra bien este nombre, pues contienen sólo vinagre, llevando los aficionados, de contrabando, el aceite para rociar los garbanzos ó la ensalada, que, contraviendo el axioma culinario, siempre tiene mucho *áceto* y está mal *oleata*. Raro es el *novato* que no cuenta embargado el principio por alguno de *promocion*, y aún los postres, cuando, *rara avis*, son apetitosos, aconteciendo por el contrario en muchas ocasiones, y en algunas mesas demagógicas, que autorizan los galonistas á sus subordinados, para que los *echen á culebra*, esto es, para que tiren por alto, á veces con bandeja y todo, contenido y continente, las azucaradas pasas, los poblados higos y las tísicas nueces, y cada cual, á la rebatiña, coge lo que puede, suceso que levanta gran escándalo, que conjura el brigadier primero, gritando con estentórea voz desde su asiento: «¡más silencio!», ó el oficial de guardia, que aparece en el crítico momento de volar los comestibles y manda al calabozo á los autores del atentado, y al galonista de la mesa y al más antiguo de los brigadieres presentes en el comedor, por consentidores.

Cuando despues de repartidas las migas, ó un principio digno de ser habido en cuenta, resulta sobrante, se sortea entre los individuos de la mesa, haciendo girar un cuchillo sobre un plato boca abajo, á modo de palillo de barquillero, y la acerada punta designa al afortunado mortal que ha de engullirse la doble racion.

En la *mesa de arresto* no se conoce la merienda, y de la cena sólo reciben los que en aquella están la ensalada y el plato fuerte, pero no el postre: ese que llamamos plato fuerte, ordinariamente lo constituye un guisado de carne con patatas, que en general llaman los cadetes *cartilagos*, clasificando despues á éstos *de gala*, ó *de diario*, con arreglo á la bondad de la carne y á la suculencia de la salsa; y aún se conoce una tercera especie de ellos, llamada *de gorrilla*, condensacion de la piltrafería reunida por los pinches durante el setenario ó novenario anterior y de los desechos de las patatas, todo eso velado en la espesura de una salsa colorada, que sólo á fuerza de vinagre puede traspasar los umbrales del exófago.

Recuerdo que tres de los manjares que gozaban entónces gran predicamento entre los cadetes, eran, como principio, las croquetas de arroz con leche; como cena, los huevos duros aliñados, y, en todas ocasiones, la tortilla; y se hacían estupendos platos, v. g., dos jicaras de chocolate por un huevo, y una ración de migas por otra de croquetas: la cotización de la tortilla estaba siempre á precios más altos; pero, en honor á la verdad dicho sea, la comida del colegio era en aquel tiempo, si no succulenta, sana y abundante.

Bien podríamos, atravesando el comedor, llegar á las salas de la torre del Homenaje, entrando por una puertecita que hay en el ángulo derecho del testero de aquél; pero sería fácil que, al llegar á la mitad del salón, encendiera nuestras mejillas el carmin del rubor al notar la transición rapidísima del ruido más estrepitoso al silencio de los sepulcros; transición producida por los siseos prolongados de los iniciadores de la broma, que es de tanto efecto, que por temor á ella no entran en el comedor algunos oficiales cortos de genio para ejercer de cerca su vigilancia.

Probablemente bullirá por el antecomedor, ó por la inmediata cocina, el despabilado mayordomo, persona de movilidad suma y de tan afligranado lenguaje, que andaba en lenguas la respuesta que dió á un cadete que le preguntaba qué había de principio aquel día.

—Tienen ustedes hoy, le contestó, *ricas patatitas longitudinales con lomo*.

Al volver á los corredores observemos, en el frente del patio que no tiene arcos abajo ni pilares con arquivada arriba, y para complemento de los tres frentes de aquellos, otro corredor volado, estrecho y con barandilla de hierro, en el que hay una puerta de entrada á los dos pisos, donde están las salas 7.ª y 8.ª, y en su extremo la que conduce al cuarto del conserje y al angosto pasillo por donde se va también á la clase de dibujo, ó *galería de moros*.

Bajando la escalera principal y torciendo á la izquierda, nos encontraremos en el callejón de entrada al segundo patio, ó patio del reló, cuyo frente cierra la torre del Homenaje, «que es, dice Quadrado, grandiosa, y le parecería más, si en anchura y elevación no la superase, al extremo opuesto, »la torre de D. Juan II. Situada, sin embargo, en »la mayor estrechura que forma hácia el Oeste el »peñón, en la confluencia de los dos valles, flanqueada por cuatro cubos angulares y por otro que »resalta en semicírculo de un lienzo occidental, »dominada por un torreón que se levanta del medio »y por otro aún más alto que á su espalda sobresale, ofrece un grupo de siete torres, al que imprimen cierto orientalismo las agujas de pizarra. Lás-

»tima que en vez de los tapiados agimeces que á »los lados del cubo central todavía se denotan, talladren sus venerables muros balcones correspondientes á su renovado interior.»

Una espaciosa escalera, construida por Mora, pone en comunicación los cuatro pisos interiores de la torre, pisos que son hoy, contando de abajo arriba, las salas 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª.

En las fachadas laterales del segundo patio hay, en la derecha, una fuente, y más allá, cerca del ángulo que forma con la torre del Homenaje, la entrada á la capilla, que, con sus tres bóvedas de crucería y su espaciosa tribuna con baranda de madera, no ofrece nada notable. En el frente de la torre y contigua á la capilla, está la entrada á la que un tiempo debió ser y hoy se llama tahona, por la que se baja al magnífico gimnasio y al estrecho istmo, donde hay un polvorin y que une el Alcázar con el resto de la ciudad, enlazado con el recinto de sus murallas.

Aquí podemos concluir la parte descriptiva del Alcázar, diciendo, con Quadrado, «que parece formar »la aguda proa que hiende las corrientes de los dos »rios que, con copia desigual, baten los flancos de »la población y que á su pié confluyen bulliciosos,» y que á los costados del edificio, así por el que mira al Clamores, como por el del Norte que domina las riberas del Eresma, donde se alzan la Fuencisla, el Carmen y los Templarios, adviértense vetustos agimeces, informes arcos y modernos balcones, algunos sobre robustos matacanes, peana en otro tiempo de miradores más gentiles.

Entremos en cualquiera de las nueve salas cuya situación hemos apuntado, y la veremos rodeada de buenas camas de acero, alternando con papeleras, que así se llaman entre los cadetes, de dos cuerpos; el de arriba con puertas de cristales y dos cajones pequeños y contiguos en su parte inferior, y el cuerpo bajo con dos cajones para ropa, y un tercero más estrecho, para objetos de limpieza.

La cama y la papelera, con un banquillo de madera, almohadillado y con forro de baqueta oscura el asiento, constituyen el menaje de cada cadete, reinando en todos, en el color de las dobles colchas inclusive, la más perfecta uniformidad.

Hay en el fondo de cada sala una mesa larga, y sobre ella están las palmatorias y una bandeja con vasos y botellas, y al pié de la mesa dos cajones, conteniendo el uno velas de sebo y el otro el betún y cepillos para el calzado. Un farol ó dos, según la extensión de la sala, penden de su techo.

Los galonistas se sitúan en los ángulos, y cada sala está unida á otra habitación, que se llama cuarto de aseo, donde están los cántaros, barreños, aljofainas y demas enseres destinados al aseo de los cadetes.

Es la hora de estudio de la noche. Los cadetes están en sus respectivas salas; sentados en los banquillos, delante de las papeleras, y, sobre las tablas de éstas, tiene cada uno su palmatoria con la vela de sebo encendida, el cuaderno de cálculos y los libros; en las salas de nuevos y en las de antiguos reina profundo silencio; pero en todas se fuma, pues el galonista más bueno, ó más malo, según se le mire desde el oficial ó desde el cadete, lo consiente. En las salas de promoción, algunos estudian; pero los que quieren echar el estudio á culebra—culebra, en el diccionario cadetil, es sinónimo de desórden—así lo hacen, y se levantan de sus sitios, y charlan, y se echan sobre las camas, y van de unas salas á otras, todo esto no ya sólo bajo su responsabilidad, sino también bajo la del galonista que por obligación ha de consentirlo. Sin embargo, aún en las salas más ordenadas, no es difícil descubrir alguno que sobre el cuaderno de cálculos y con el oído atento al pestillo de la puerta, para doblar la hoja cuando entre el oficial de guardia, tiene un papel donde escribe versos, ó cosa así, ó una entrega de novela que lee, ó papel y tabaco, con los que hace cigarrillos.

Pero cuando presenta una sala su faz más característica, es en esas tardes de invierno, preñadas de nubes, en que azota y salpica de menuda nieve y amorata el rostro el cierzo de Guadarrama, en las cuales, y por esa razón atmosférica, no hay paseo, aunque sean tardes de días festivos. Los cadetes salen de merendar del comedor llevando toda ó parte de su ración de pan en las manos, ó en los bolsillos, y no bien el galonista, cerca de la puerta de la sala, da la voz «derecha é izquierda,» se lanzan en tropel á coger buen puesto en derredor del brasero, y los de primera fila, atravesando el pan con un hierro, lo tuestan, y después, ora de las candilejas de los faroles de la sala y del cuarto de aseo, bien, cuando el de éstas se consume, de la del siempre empañado farol del número 100, rocían de aceite las tostadas, y se las comen, y les saben á poco; pues como el placer en este mundo es más subjetivo que objetivo, tanto monta para el gastrónomo de cordones, un panecillo con aceite de la candileja del número 100, como para el banquero más fastuoso, el faisán con trufas mejor condimentado, que saborea, sobre finísimos manteles, en su espléndido comedor.

Un grupo de cadetes desdeña sin embargo el brasero y se dispone á regalarse con el mejor de los matutes posibles. Se llama entre los cadetes matute á toda vianda no procedente de la cocina del colegio.

Aquí son de rigor algunas observaciones previas.

Los domingos está permitido á los cadetes hacer, como entre ellos se llaman, listas de refresco, en las que pueden incluir todo linaje de manjares y bebi-

das de café y repostería, pero con exclusion absoluta de vinos, licores y comestibles de cocina, listas que los brigadieres y sub-brigadieres llevan al oficial de guardia, que suprime en ellas lo que le parece gula, ó contrabando, ó bien, sin reparo, pone al pié de ellas su visto bueno, y enviadas al café de Gándara, traen los mozos del mismo, por la tarde, el pedido total, que colocan en el comedor, separadamente lo que corresponde á cada lista, cobrando sobre el terreno el importe de cada cosa.

Cuando el pedido es tan monstruoso que salta á la vista la negativa del oficial de guardia á concederlo íntegro, acceden algunos cadetes, que por falta de dinero no pueden ser incluidos de verdad en ninguna lista, á que se pongan sus nombres en la del pedido enorme, concesión por la cual suelen obtener siempre de los compañeros que pagan y comen, algún ovo de sus manjares, como esos alquileres de las murgas que no tienen más cometido en ellas que aumentar el número de la orquesta y hacer que soplan.

La lista de los cadetes que van á celebrar el matute en la tarde que nosotros, lector, los visitamos, dice así:

COLEGIO DE ARTILLERÍA.—3.ª BRIGADA.—SALA 5.ª

Los señores Fulano, Zutano, Mengano, etc. y el que suscribe, solicitan permiso del señor oficial de guardia para tomar lo siguiente:

- Diez docenas de bizcochos borrachos.
- Id. libras de yemas acarameladas.
- Id. tortas grandes de bizcocho.
- Id. panes grandes con manteca.
- Id. vasos grandes de chocolate.
- Id. vasos grandes de leche merengada.
- Id. platos grandes de huevos hilados.

Segovia, tantos.

PERENGANO.

Pero no cuentan sólo con este refresco los matuteros, sino, además, con el botín de un asalto dado por ellos en la mañana de aquel mismo día en una sala de nuevos durante las horas de plazuela: entre los cadetes es cosa de buen ver, y todos están autorizados para hacerlo, quitar á los demás de la papelería, ó de la cama, los comestibles que en ellas guarden; y esta incautación, que ha de realizarse á espaldas del propietario, toma el nombre de asalto: en el dado por los matuteros aquella mañana, figuraban embuchados, jamón en dulce y otras menudencias, que los papás previsores llevaron á sus chicos al recibimiento la tarde anterior, para hacerles más tolerables los ayunos inherentes al noviciado.

Tienen además dos ó tres botas de pellejo, henchidas de vino de la tierra (no de la de María San-



tísima, sino de la segoviana) que les han llevado los cadetes externos, y huevos y pan abundantes, para freir los primeros y hacer migas con el segundo, á cuyo fin es preciso aprovechar el tiempo medianero entre la hora de merienda y la del refresco, y al efecto, y previo permiso de los galonistas de la sala, convierten los matuteros el cuarto de aseo en oficinas de Vátel, encienden una hoguera, sobre ella cuelgan un barreño bien fregado, y los peritos en el arte comienzan la confeccion de las migas, miéntras otros de menor cuantía echan en dos aljofaínas, en la una yemas, y en la otra claras de huevos, que baten despues, polvoreando con azúcar el líquido, cada vez más espeso, para obtener huevos moles y un merengue que sólo á los cadetes he oido llamar *puntetas*.

Suena por fin la hora de refresco: los incluidos en las listas van al comedor, y vuelven cargados con las provisiones; se procede al frito de los huevos, y en la mesa grande del dormitorio comienza el banquete, al que son invitados todos los individuos de la sala, y en el que reina, como decirse suele, la más cordial y franca alegría, no turbada por la aparicion del oficial de guardia, y sin que sean olvidados en los brándis los primores culminantes de ninguna belleza segoviana, concluyendo la condensacion de las nubes alcohólicas por desatar una espantosa *culebra*, con roturas de vidrios y pedernales, cuyo estrépito saludan todos en coro, diciendo, con música del toque de diana, si era, v. g., un cristal el hecho pedazos:

*Cargue el conserje á cuenta del que firma
un cristal, un cristal,*

que es la fórmula general de los pedidos al conserje.

La misma cancion referente, no ya sólo á cristales de papeleras, sino á vasos, platos, etc., se repitió más de cincuenta veces aquella tarde.

Se consagró un recuerdo al preso en el calabozo contiguo á la sala, y para hacerlo partícipe del matute, y siendo para ello indispensable abrir el rastrillo de la puerta que conduce al corredor, se arbitró el medio de llamar al mozo de guardia, pretextando tener un galonista que bajar á pedir permiso al oficial de guardia para que un cadete fuese á la enfermería, á fin de que el practicante le diera algun remedio para un dolor agudo de muelas. Así se hizo, y no bien el mozo abrió el rastrillo, tres ó cuatro cadetes, pertrechados y dispuestos al efecto, arrojaron por entre los hierros de la ventana del calabozo algunas provisiones, con las que el triste prisionero se consoló un tanto del dolor que le causaba escuchar, entre sombras y en ayunas, el ruido de la bacanal.

Se presentó un proyecto de ley, que fué aprobado por aclamacion, organizando una á modo de partida de la porra que le moliera los huesos á palos á un

ayuda de cámara, que tenía la mala costumbre de ser espía de los oficiales y darles parte de las diabluras de los cadetes.

Se sirvió el café por secciones, pues sólo había dos máquinas del sistema de M. Lebrun para su confeccion, y luego el plus café de las botellas que daba el conserje á los cadetes, con aguardiente y polvos de asta de ciervo, para la limpieza de botones, carrillas de los shacós y demas dorados, disolviendo la reunion el tambor de guardia con el toque de cena.

A consecuencia de este matute, que se realizó en la sala quinta allá por el otoño de 1854, fueron, un cadete, á la enfermería, con una indigestion que lo tuvo al borde de la sepultura, tres ó cuatro al calabozo, por haberse presentado aquella noche en el comedor con una verbosidad y una movilidad desusadas, y, durante dos ó tres meses, ninguno de los individuos de aquella sala cobró un sólo maravedí del duro mensual que, á modo de *sobras* á los soldados en los cuarteles, dá el conserje á cada cadete, descontándole los cargos que tenga, de roturas, ó adquisicion de objetos de limpieza, ó escritorio.

No es posible, so pena, lector, de abusar de tu paciencia, seguir describiendo menudamente la vida del colegio, las escursiones por las buhardillas, en cuyo suelo había trampas perfectamente disimuladas, que daban paso á algunas salas ó á algunos calabozos, ni las escapatorias del colegio, quitando un hierro del cuarto de aseo de la sala segunda de la torre del Homenaje, y descolgándose desde allí los prófugos, por manteles arrollados y anudados unos á otros, á la tahona primero y al gimnasio despues, por donde ganaban el istmo que une el Alcázar á la ciudad, esperándolos á la salida del gimnasio los cadetes externos y los subtenientes alumnos, que les habían preparado en el Parador una cena opípara, con asistencia de mozas juncales.

Tambien omito hablar de las clases y de la tecnologia cadetil en lo que á ellas se refiere, llamándose *bajar de clase*, *piporrear*, *trompear*, ó *tocar el figle*, á perder el semestre; *subir de clase*, á ganarlo; *confesarse*, á confesar paladinamente que no se sabe nada de aquello que el catedrático, ó examinador, pregunta; *trayon*, al que estudia mucho, y *colillas* á los que van los últimos en cada clase.

Ahora recuerdo que á los cadetes bajos de cuerpo se les llamaba *loros*.

Sólo referiré un episodio referente á clases. Un profesor de mecánica aplicada, teniente coronel, ó coronel entónces, que murió años há y que por cierto era discretísimo poeta, los dias que estaba de mal humor no ayudaba nunca á salir del mal paso á los cadetes que no se sabían la conferencia, y solía ocurrir el siguiente diálogo:

EL CADETE (*junto al encerado, con el yeso en una mano y la bayeta en la otra*).—Vamos á tratar de la rueda de Poncelet.

EL PROFESOR (*con las manos cruzadas sobre la mesa, pasando uno sobre otro con rapidez los dedos pulgares*).—Tratemos.

EL CADETE (*mirando al profesor con ojos espantados, deshaciendo yeso con la diestra y manoseando la bayeta con la zurda*).—Vamos á tratar...

EL PROFESOR.—He dicho que tratemos. Ó trata usted, ó se sienta.

EL CADETE (*después de una pausa*).—Pues para tratar...

EL PROFESOR.—Siéntese usted. Señor jefe de clase, trate usted de que ese caballero cadete esté en el calabozo ocho días por falta de aplicación.

El reputado médico á cuyo cargo estaba la curación de las dolencias de los cadetes era un catalán cojo y de malas pulgas, que seguía un procedimiento peregrino para librarse de los maulas.

Presentábase uno de éstos á la hora de la visita.

—¿Qué le sucede á usted que tiene la cara tan triste?—le preguntaba el doctor.

—¡Ay! señor de M...—respondía el cadete,—estoy mal, muy mal. Me duelen la cabeza, el pecho y los riñones, y además me zumban los oídos.

El doctor le examinaba y decía:

—Efectivamente le debe á usted doler y zumbar todo eso; pero vamos, que ya mañana estará usted bueno.

Y añadía, dirigiéndose al practicante:

—Don Cláudio, flores cordiales.

A los que estaban apuntados en la célebre lista de las flores cordiales, á la hora de la cena, en vez de ir al comedor, se les obligaba á meterse en la cama, y, poco después, un practicante, seguido de un mozo que llevaba un caldero de flores cordiales hirviendo, iba recorriendo las salas y administrando á cada enfermo una enorme taza de aquel líquido, haciéndoles así sudar el pecado de haber querido pasarse unos días de huelga y á ración en la enfermería.

Consagraré algunas palabras á los calabozos.

En mi tiempo había muchos: los tres del cuerpo de guardia; el de la quinta; diez nuevos en un pasillo de los sótanos, semejantes á los corredores de las casas de baños, con rejas grandes al Clamores; el grande y el chico de las buhardillas; los dos del castillo; el de la enfermería, y los dos contiguos á la tribuna de la capilla, llamados, el uno, de la tribuna baja, y el otro, de la tribuna alta.

El mobiliario de cada calabozo lo componen: un tablado fijo ó móvil, un palanganero, una aljofaina, una mesa, un banquillo, un cántaro, una botella, un vaso y un número 400 portátil, con su ta-

padera prismática rectangular, en cuyas tablas hay escritos amenos trozos de literatura.

El peor de los calabozos es el de la tribuna alta, no teniendo más genealogía el adjetivo, que la de ser muy alto de techo y tener junto á este la ventana: para asomarse á ella el preso necesita colocar todos los utensilios unos sobre otros; sobre la mesa el banquillo, sobre el banquillo el palanganero, sobre el palanganero la tapa del número 400, y sobre la tapa al propio Don Pedro, boca abajo, como coronamiento de la torre.

Los arrestados en los calabozos charlan á gritos con las lavanderas que están en las orillas del Eresma, con los presos vecinos y con el primero que pasa, y distraen sus ocios, entre otras cosas, llenando las paredes de inscripciones, versos, viñetas, etc.

La inscripción más general es la siguiente:

Aquí estuvo F. de T. 1+1+1+1+1+1+1. 1=8 días.

Entre los versos publicables, anotaré los siguientes de uno que sin duda estuvo á la sombra por fumar:

*Encerrado aquí me tienen
¡Oh, cielos! ¡quién lo creería!
¡Porque imitar quise al tiempo
¡Por hacer humo y ceniza!*

En la tribuna baja se lee esta á modo de rondilla:

*Tan sólo por romper un espeque (1)
Aquí me metió M... sin tibieza.
¡Ojalá, grandísimo pillo,
Te lo hubiera roto en la cabeza!*

En uno de los de la torre de D. Juan II, donde cuentan que estuvo encerrado el inmortal Quevedo, hay esta otra:

*Para adquirir un buen mozo
Reputación de tronera,
Frecuentará, aunque no quiera,
A menudo el calabozo.*

Por último, en el de la enfermería figura este fin de octava real:

*Haces mal en tenerme aquí, á mi ver,
Que así pensaré más en tu mujer.*

El colegio es un pequeño mundo. El delito mayor entre los cadetes, el crimen imperdonable á novatos, antiguos, ó promocionistas, es el de *dar parte*: el delator, el *partista*, tiene que marcharse irremisiblemente del colegio; ninguno lo trata y lo maltratan todos: los desafíos son siempre á cachetes, y siempre estacada de combate el cuarto de aseo: hay cien linajes de cuestiones, v. g., entre otras, si han de valer ó no las recomendaciones que, para no sufrir malos tratos, llevan los novatos para tal ó cual in-

(1) Palanca para mover los montajes de artillería.



dividuo de promoción, cuestiones que dan lugar á la formación de partidos, casi tan enconados como los partidos políticos: por una intriga, de que no quiero acordarme, hubo en el Alcázar, el año 1853, dos sangrientas colisiones, en el comedor la una y en los patios, á la salida de clases, la otra, entre los cadetes del tercero y cuarto año, que ocasionaron la expulsión del colegio de tres individuos de mi promoción, muy aventajados por cierto, de los que ha figurado uno despues como gobernador civil de varias provincias: habia poetas, novelistas, periódicos, entre los que hago memoria de dos ilustrados: *El Ole* y *El Fotogénico*; juntas ó partidas del trueno; teatros en las salas 5.ª y 8.ª, y otras mil y mil cosas que quien, por haber comido *cartilagos*, las echare de ménos, con su prudencia entenderá cómo vale más no meneallo.

En mi tiempo habia en el colegio, así entre los cadetes internos como entre los externos, algunos escritores que despues han brillado en la literatura patria.

Sobresalía entre todos un cadete interno, que ascendió á subteniente alumno creo que al espirar el año de 1851, y recuerdo, entre otras poesías suyas, las semblanzas que hizo del general sub-inspector, del brigadier jefe de escuela y capitán primero de la compañía de cadetes, del coronel profesor primero y de otros jefes y oficiales. Titulaba la composición *Revista de comisario*, y á continuación copio varias estrofas, suprimiendo el nombre propio que figuraba al pié de cada una, por más que no podrían nunca lastimar sus respetables nombres los desahogos de un cadete. Decían así:

REVISTA DE COMISARIO.

Un general narigudo
Que tiene chocha la nuca,
Que gasta tintes, peluca,
Y por nariz un embudo,
Que gruñe, regaña y chilla,
M.....

Prosiga, pues, mi chirúmen;
Un vejarron calavera
Que las echa de tronera,
Y para hallar su volúmen
No hay en Europa compases,
G.....

Un hombre ¡dichoso él!
Un hombre, pues, que de fijo
Es más que un hombre un botijo,
Más que un botijo un tonel,
Con sus bigotes severos,
S.....

Un jefe que es un aborto,
Que en revista gruñe amargo,
«¡Que tienen *er* pelo largo!»
«¡Que no lo tienen muy corto!»
Peor que la serpiente boa,
F.....

Escribió otra composición, en la que tambien pasaba revista á las pollas que asistían por las tardes

del mes de Mayo á la fiesta religiosa *Flores de María*, título de los versos; y, al hablar de una beldad que estuvo en amorosa inteligencia con un capitán, profesor de topografía, que á la sazón levantaba con los cadetes el plano de Segovia y aludiendo de paso á la caída que dió dicho capitán desde una ventana al suelo, á cuya ventana se subió, sin duda, para besar la mano de nieve de su ídolo, decia lo siguiente:

Fija la vista en la piedra
De la alta bóveda ojiva,
Solloza, que está cautiva
De las gafas de S...
Recuerda con alegría
Cuando, en científico corro,
Su amante un ojo en el Porro (1)
Y el otro en ella ponía.
Piensa cuando palpitaban
Unidos sus corazones,
E iguales *acotaciones*
Ambos á dos disfrutaban.
Y cuando tuvo ¡por Dios
En noche triste y fatal!
Que hacer uso del *e igual*
A un medio de *ge te dos*.

La fórmula $e = \frac{1}{2} g t^2$ es la del espacio que recorre un cuerpo que desciende á la tierra, en virtud de la fuerza de gravedad.

Tambien era autor de una deliciosa zarzuelita cadetíl, que se puso en escena en el colegio, titulada *El tenedor del Gordo*, parodia de *El puñal del Godo*, y de otros escritos.

Comprenderán los lectores, que quien á los diez y seis ó diez y siete años escribía con tanta soltura y gracia, era el embrion de un poeta de la talla de Breton de los Herreros. Y, sin embargo, jefe hoy de artillería el entonces cadete, ha abandonado por completo, segun mis noticias, el campo literario, en el que hubiera cosechado, sin duda, gentiles flores.

Ni aun el secular acueducto se escapó en Segovia de las burlas de los cadetes: uno de éstos, gallego, pero digno por su gracia de ser andaluz, y que ya dejó de existir en este mundo, le dedicó una composición, en la que, aludiendo á los cantores del famoso puente, figuraba la estrofa que sigue:

Y pueden, además, segun calculo,
Siempre que echen de sus ojos cuenta,
Agregar si les place.
Y uno más en la suma se presenta.

Todo esto pasó para no reproducirse más. Muchos, de los actores de aquellas escenas, llenas de juventud y movimiento, dejaron ya las miserias de este mundo; el teatro donde se realizaban es hoy un monton de ahumadas ruinas, y los que sobrevivimos, somos, con el trascurso de más de veinte años, sepulcros de nuestras almas de entonces, cuyas alegrías, cuando en la actualidad las

(1) Instrumento geodésico.

evocan nuestras memorias, sólo renacen breves instantes en el brillo de una mirada ó en las ondulaciones de una sonrisa.

Hé aquí cómo describe Quadrado la catástrofe ocurrida en el Alcázar colegio el 6 de Marzo de 1862, catástrofe que algunos creen originada por el fuego de una chimenea de la sala de juntas, que lo era en aquella fecha la del *tocador de la reina*, donde cayó el rayo en los tiempos de Alonso el Sabio.

«Aciago día aquel en que, eclipsando con densa humareda la luz del medio día y ondulando al viento cual bandera de esterminio, aparecieron por cima de los techos las siniestrás llamas, lanzadas desde el ángulo occidental sobre el resto del edificio por ráfagas impetuosas. Inútiles fueron los esfuerzos para cortarlas; toda la noche y el siguiente día ardieron, y sólo el tercero pudo contemplarse la extensión de sus estragos.»

J. NAVARRETE.

VICENTE BELLINI.

XIII.

Todo parece hoy legendario en Bellini: su candor y su gracia, su adorable genio, su precoz celebridad, sus precipitados triunfos, todo, hasta el rumor absurdo que corrió despues de su muerte de que había sido envenenado. ¡Como si un grande artista, por grande que sea, no tuviera que pagar tributo á la naturaleza! Pronto se hizo justicia á esta calumnia, que no se basaba en ningun hecho ni en ningun indicio; pero á fin de poner término á la maledicencia pública, fué preciso proceder á la autopsia del cadáver, la cual puso de manifiesto la terrible enfermedad que le había hecho sucumbir.

Esta muerte, no sólo affligió á Italia y Francia, sino á Europa entera, conmovida por la melodiosa inspiracion de Bellini. Fué un duelo general, al que se asociaron todas las naciones civilizadas, sobre todo las que habian conocido particularmente al simpático compositor siciliano. Al saber la noticia del fatal suceso el anciano Zingarelli, exclamó prorumpiendo en llanto: «¡Ah! ¡Más hubiera valido á Italia que muriese yo mismo! ¡Esto le hubiera sido menos perjudicial!» Rossini dijo que el arte acababa de perder «un coloso.» Romani, que no había dejado de querer á Bellini aún durante la corta interrupcion de su larga amistad, escribió: «¡He buscado durante quince años para encontrar un Bellini, y un

sólo día me lo ha arrebatado, desapareciendo esta alma que respondía á la mia!»

El excelente escultor Dantan fué enseguida á Puteaux para reproducir las facciones del gran artista, y el busto en tamaño natural que hizo de Bellini es uno de los más bellos que ha producido su cincel magistral. Los homenajes llovían por todas partes y de todas clases, en forma de noticias, elogios, biografías y composiciones en verso.

Francia quiso hacer á Bellini honores dignos de su genio. Nombróse al efecto una comision que la componían Rossini, Cherubini, Paër, Carafa, Halevy, Panseron, Rubini, Nourrit, Habeneck, los dos directores del teatro italiano Robert y Severini, y, finalmente, el editor Troupenas. Esta comision arregló todo lo relativo á los funerales, que se verificaron el 2 de Octubre en la capilla de los Inválidos, demasiado pequeña para contener la inmensa multitud que se apiñaba en las inmediaciones.

Tenían las cintas del féretro cuatro compatriotas de Bellini, de los que tres se habian naturalizado franceses, Paër, Cherubini, Carafa y Rossini. A la orquesta, dirigida por Habeneck, se habian unido ciento cincuenta cantores. El *Dies iræ* y el *De Profundis* se ejecutaron con sordina. Despues se cantó el *Kyrie eleison* y un *Pie Jesu* de Panseron, y, por último, Lablache, Rubini, Tamburini é Ivanoff entonaron el *Lacrymosa*, del mismo artista, al que servía de tema una de las más bellas melodias de *Los Puritanos*. A pesar de una lluvia abundantísima, siguió inmensa multitud al cortejo fúnebre hasta el cementerio del padre Lachaise, donde pronunciaron varios discursos, Paër primero, como delegado del Instituto de Francia, el doctor Fornari, que representaba especialmente á Sicilia, y Francisco Orioli, en nombre de toda Italia. Cherubini, que ya era muy anciano, demostraba su pena derramando abundantes lágrimas, y cuando le llamaron para que arrojara en la tumba la primera tierra, necesitó apoyarse en Auber y Halevy, que estaban á sus lados.

Todas las ciudades de Sicilia manifestaron su sentimiento al saber la fatal noticia; pero en Catania el dolor fué general y profundo, tomando el carácter de duelo público. En la iglesia de los Benedictinos se verificaron honras fúnebres por el descanso del alma de Bellini, ejecutándose una misa de Pappalardo: al mismo tiempo las campanas de todas las iglesias tocaban á difunto. La consternacion era general, y la ciudad entera rendía homenaje al que no existia. Por la noche hubo en el teatro un espectáculo alusivo á las circunstancias, y la *prima donna* Ruggeri coronó en la escena, en medio de las aclamaciones y entusiastas aplausos del público, el busto de Bellini, cantando la bella melodía de *I Capuletti*:—«*Deh tu, deh tu; bell'anima,*» cuyas palabras eran singularmente oportunas.

* Véanse los números 82, 83, 84, 85 y 86, pág. 468, 533, 536, 591 y 625.

Por desgracia, y preciso es decirlo, el dolor de la familia del gran artista, que siempre le había manifestado mucho afecto, parecía considerablemente mitigado por la esperanza de encontrarse pronto en posesion de la pequeña fortuna que debía haber dejado. Rossini se había encargado espontáneamente de arreglar los asuntos de su amigo; pero ante todo y como hombre de corazon, creyendo que un recuerdo inmediato agradaría á su familia, se apresuró á enviar al padre (1) y á los dos hermanos de Bellini algunas alhajas que él usaba. ¿Quién creerá que respondieron al recibirlas que les convenía más el dinero?

Arreglados los asuntos, resultó que Bellini había dejado unos 40.000 francos, que fueron entregados íntegramente á su familia.

Abierta una suscripcion en Francia con objeto de elevar un monumento á Bellini, pronto se reunieron los fondos necesarios, encargándose del trabajo el arquitecto Abel Blouet, cuya obra elegante y poética se elevó pronto en el cementerio del padre Lachaise, sobre los restos del gran músico (2).

En 1865 los catanienses pensaron en reclamar á Francia los venerados restos para llevarlos á su patria. Una comision nombrada al efecto publicó el siguiente manifiesto:

«La patria de los grandes hombres es el mundo. Representan las verdaderas columnas de luz que guían el progreso al traves de la ruina de los imperios. La humanidad debe un tributo de lágrimas y de coronas á sus eternas tumbas, en las cuales se inspiran y deberán inspirarse las generaciones presentes y futuras.

»Por ello los conciudadanos de Bellini se dirigen á todos los hijos de la bella península para que concurren á trasportar de las orillas del Sena las cenizas de este ángel que hizo oír á la tierra las divinas melodías del paraíso, y para elevarle un monumento.

»Seguros de que Italia concurrirá á celebrar la gloria de uno de sus hijos inmortales, podremos

(1) A la muerte de Bellini vivían aún su padre y su abuelo.

(2) Cuando, al llegar al cementerio del padre Lachaise, se toma por la avenida de la *Orangerie*, un poco á la izquierda del fastuoso monumento de Casimiro Perier, se llega, subiendo hácia la capilla, á una especie de laberinto donde están reunidos, como en un *camposanto* especial, las tumbas de la mayoría de nuestros ilustres músicos. Algunos artistas lo conocen con el nombre de *Bosquecillo de los músicos*. Allí descansan los restos de Méhul, Nicolo, Boieldieu, Catel, Herold, Chopin, Gossec, Habeneck, Wilhem, Panseron y otros muchos cuyos nombres no recuerdo. Parece que están allí agrupados para dar un eterno concierto, que no pueden oír los humanos, y cuyos ecos llegan al cielo. Allí está la tumba de Bellini, poético mausoleo, de un carácter sentimental, debido á Abel Bouet; pero que desgraciadamente no está al abrigo de devastaciones voluntarias: italianos ultra-fanáticos no temen profanar, mutilándolo, este monumento, que debía ser sagrado para ellos, y hacerlo pedazos para apropiarse los fragmentos que se llevan á guisa de reliquias.

inscribir en breve en las páginas de nuestra historia:

Bellini duerme en la tierra que le ha visto nacer.

Catania 28 de Mayo de 1865.

El síndico presidente,
ANTONINO ALONZO.

El secretario,
GIUSEPPE LOMBARDO FIORENTINO.»

Dirigida la peticion al gobierno frances, la acogió, como debía ser, favorablemente; pero despues no se volvió á hablar más del asunto, é ignoramos por qué no se realizó este proyecto.

XIV.

EL GENIO DE BELLINI.

I.

Cuando Bellini, despues del estreno de *Il Pirata*, empezó á figurar en el número de los compositores que enorgullecen á Italia con tan justo motivo desde hace dos siglos, componian para la escena lírica varios jóvenes, al parecer de grandes esperanzas, que sólo debía justificar el futuro autor de *Don Pasquale* y de *Lucia di Lammermoor*.

No hablo de Rossini que, en quince años, y gracias á su admirable genio, encontró medios de regenerar el arte y de cambiar la Italia musical, abandonando despues su patria por Francia, donde debía mantener rudos combates; no me refiero á Paër, que tambien se había refugiado en Paris, pero cuya pereza no le permitió hacer más que dos obras de alguna importancia. Paisiello, el autor del primer *Barbero de Sevilla*, el divino autor de la *Molinara* y de *Nina, pazza per amore*, había muerto hácia largo tiempo; Valentino Fioravanti, el pintor bufo de *I Virtuosi ambulanti* y de *La Cantatrice villane*, se había retirado de la carrera; Generali, aunque joven, había agotado su imaginacion; y Morláchi, avecindado hácia muchos años en Dresde, donde era maestro de capilla del rey de Sajonia y director de orquesta del teatro Real, sólo volvía de vez en cuando á su patria para presentar una ópera y regresar inmediatamente á Dresde.

Una nueva generacion artistica, nacida de las ruinas de la antigua, se aprestaba á lanzar el último resplandor sobre la incomparable escuela ultramontana, que debía en seguida apagarse, legando al porvenir un solo genio original y vigoroso, genio desigual, algo salvaje y á veces desordenado, pero real y potente, y destinado á brillar como meteoro en noche oscura. José Verdi, á quien no faltan imitadores, pero que, por desgracia, parece ser el último de su raza y no dejar sucesor.

Todos los artistas que formaban este último grupo que llegó á ser célebre, habían dado ya sus primeros pasos. Pacini, el inagotable productor, manifestó la

medida de su talento y de su desastrosa fecundidad en quince obras, entre las cuales *Adelaida è Comingio*, *Il barone di Dolsheim*, *La gioventù d' Enrico V* y *L'ultimo giorno di Pompei*, obliuvieron grande éxito. Reconociásele mucha inspiracion, demasiada fecundidad y nulidad para la estructura de las obras. Mercadante era, por el contrario, un artista muy instruido, imitador, frecuentemente feliz, de Rossini, inclinado á veces á la inspiracion, y fundaba su crédito en algunas óperas verdaderamente notables: *Violenza é Costanza*, *Anacreonte in Samo*, *Elsa é Claudio*, *Didone*, *Gli Amici di Siracusa*, y en una docena de otras obras de ménos éxito.—Mientras llegaban sus magníficas obras, Donizetti había escrito unas veinte óperas, entre las cuales se hacían notar con justicia *Enrico di Borgogna* é *Il Falegname di Livonia*, pero que no hacían presagiar al hombre de genio, al creador admirable de *Anna Bolena*, *Parisina*, *Lucrezia Borgia*, *Lucía*, *María de Padilla*, *Linda de Chamounix* y *María di Rohan*. Finalmente, Luis Ricci (su hermano Federico no escribió para el teatro hasta 1835) había empezado con cinco ó seis partituras, más ó ménos bien acogidas, y Vincenzo Fioravanti, el hijo de Valentino, hecho cantar *Pulcinella molinaro*, *Robinson Crusoe*, *Il Folleto innamorato*, *Il cieco del dolo*, *I due caporali* y algunas otras obras.

II.

Cuando en 1827 surgió la personalidad de Bellini, brillante y vigorosa, con la aparicion de *Il Pirata*, sin ser anunciada por tentativas anteriores, puesto que sólo había dado precedentemente una sola ópera, *Bianca é Gernando*, los artistas y el público comprendieron que era preciso contar con un nuevo maestro, presentado de una manera insólita y unánimemente aplaudido.

Al pronto, todo el mundo se dejó arrastrar por el placer que sentía, costumbre arraigada en Italia, donde se reflexiona poco en punto á bellas artes. Después hubo el intento de explicarse las causas que habían producido un efecto tan poco comun, preguntándose por qué un artista tan jóven había llegado de repente, sin lucha, como Rossini, sin previos fracasos, como tantos otros, á lo que todos buscaban; el éxito.

Poco trabajo cuesta comprender que la suavidad dulce y conmovedora, la sensibilidad, la ternura y juventud de sus melodías y la sinceridad de acentos empleados por el jóven compositor, no sólo hacían probable, sino seguro, su éxito. Cuantas veces un artista logre llegar al alma de sus jueces, cuantas veces logre conmoverles y tocar á su corazón, puede estar seguro de atraérselos y de convertirlos en partidarios suyos. Esto es lo que debía suceder respecto á Bellini, porque su música era *él mismo*

desde un principio, y su ciencia, nula en la aurora de su carrera, no creció mucho después, constituyendo su genio las cualidades primitivas y espontáneas de su personalidad, el instinto del drama, la generosidad de la inspiracion, y el sentimiento de las exigencias escénicas; cualidades que poseyó desde un principio y por completo.

Bellini se conocía á sí mismo y no era capaz de emprender una lucha en terreno desventajoso con sus rivales, que hubiesen podido tener más ó ménos genio que él, pero cuya superioridad práctica era evidente.

Comprendía perfectamente que no poseía la fecundidad, estéril pero efectiva, de Pacini, ni la ciencia y vigor de Mercadante, ni el arranque y temperamento grandioso de Donizetti, ni la gracia y viveza de Luis Ricci ó de Fioravanti. No procuró imitar á ninguno, sabiendo que él era inimitable. Cometió el error de no perfeccionar su educacion incompleta, pero esto se refería á un punto material; respecto al arte puro, mantuvo á ciencia y conciencia su propia personalidad, y esto fué lo que le dió, en su corta y poco productiva carrera, verdadera superioridad sobre sus émulo, yendo derecho al fin sin extraviarse. Esta conducta hubiera sido, en último caso, fatal para él, porque se encontraba en la imposibilidad de renovar su estilo, ó, por lo ménos, de fortificarle, adoptando procedimientos más atrevidos y, preciso es decirlo, no tan elementales.

III.

Bellini era más poeta que músico (4), en el sentido de que sus obras brillan mucho más por el sentimiento, la ternura y la pasion que por la forma y el procedimiento. Tenía el genio, producto de la naturaleza que forma los grandes artistas; pero no el talento, producto del trabajo humano, sin el cual no es fácil realizar grandes obras. Así, pues, cualquiera que sea el valor, seguramente muy notable, de algunas de sus óperas, puede decirse que no ha dejado ninguna de esas producciones colosales que iluminan el arte y ensanchan sus límites, como *Alcestes*, *Don Juan*, *Freischutz*, *Guillermo Tell* y el *Pré aux clerics*, una de esas maravillosas muestras que caracterizan una época y sirven de señal en la marcha progresiva del arte.

Y lo singular es que la ausencia de toda originalidad le ha creado una originalidad verdadera. Esta ignorancia tan completa de las reglas teóricas y de los recursos que un artista hábil puede emplear; esta ausencia casi absoluta de saber; el desden casi afectado por la forma, han sido justamente la causa

(4) Un crítico italiano muy competente, que al mismo tiempo es un compositor distinguido, M. de Arcais, revistero musical del periódico *L'Opinione*, ha caracterizado á Bellini llamándole *Il Petrarca della música*, calificacion exactísima.

de que se cree una forma especial, torpe, tímida, sin movimiento y sin relieve, pero esencialmente personal.

Su armonía, á pesar del frecuente empleo de los retardos y de las disonancias, es pobre y débil, y esto en una época en que compositores inmortales, como Weber, Herold y Meyerbeer, sobresalían tanto en la ciencia, largo tiempo descuidada por grandes artistas como Monsigny y Gretry. Su instrumentación, verdaderamente infantil, produce el efecto de un anacronismo, cuando Rossini realizaba en este punto prodigios, aumentando los dominios del arte (recuerdese que Berton, disgustado por la amplitud que el autor del *Barbero* había sabido dar á su orquesta y no comprendiéndola, parecióle bien poner á Rossini el apodo de *il signor Vacarmini*). Finalmente, la forma de las piezas sería ridícula si no estuviera sostenida por la novedad y frescura de la idea musical, y, sin embargo, Bellini tenía modelos incomparables entre los que le habían precedido inmediatamente y cuyas obras oía todos los días: Guglielmi, Paisiello, Paër, Cimarosa y tantos otros.

Todos estos defectos, cualquiera de los cuales basta para hundir á un compositor vulgar, se los ha hecho perdonar Bellini, y aún olvidar, gracias á las cualidades de su alma y de su imaginación y á los inagotables tesoros que sacaba de su corazón y de su cerebro.

Las sucesiones de acordes mal combinados y mal amalgamados; las modulaciones sin sabor y sin relieve; la instrumentación, casi siempre vulgar, donde no se encuentra ningún efecto particular de sonoridad, donde los instrumentos de viento casi siempre están ahogados y donde solo se oyen insupportables y eternas masas de violines (sobre todo la pobreza de los acompañamientos de los *andantes* que son muy numerosos en Bellini); la frecuencia de los períodos cortos y mal combinados; la estructura uniforme de las piezas, donde no se observa novedad ni atrevimiento alguno; todo desaparece, no diré ante el esplendor de la inspiración, pero sí ante la exactitud del pensamiento musical aplicado al sentimiento que debe expresar; ante la distinción de la frase melódica, ante la verdad de la declamación, ante la pureza, la gracia y la ternura de las melodías, y sobre todo ante esa admirable facultad que pudiera llamarse «la razón dramática» que Bellini poseía en tan alto grado y que fecundaba una inteligencia superior.

Y, sin embargo, no sólo Bellini es un armonista casi nulo (porque ciertos rasgos felices, como el que puede señalarse en el bello cuarteto de *Los Puritanos*, no constituyen el saber), sino un melodista muy débil, bajo el punto de vista de la sucesión de las ideas.

Adriano de La Fage lo ha expresado en términos exactos.—«Ved, dice, en qué consiste el mérito de estas ideas melódicas: en un pensamiento único de ocho, de cuatro, de dos compases, que ordinariamente no recibirá ni complemento ni desarrollo; permanecerá desnuda, aislada, sin más punto de apoyo que las palabras que la han inspirado; no se advertirá en ella ni medias tintas ni gradaciones; no será ni sublime ni pomposa; á veces se la encontrará trivial; pero todos estos defectos estarán compensados por una cualidad inapreciable: la exactitud, la verdad. La expresión musical en Bellini no aparecerá sino lo que es realmente en el compositor, cualquiera que sea el personaje que deba expresar la idea: el compositor jamás sabe imprimirle un gran carácter; no quiere escuchar ni su voz ni la de sus héroes. El pensamiento musical, completamente suyo, lo presenta al público tal y como lo ha sentido. Es preciso sentirlo como Bellini lo ha sentido, y creereis que os pertenece porque el compositor sólo lo ha separado de vos por medio de un cristal transparente que, sin producir alteración alguna, sin aumento ni disminución, la deja sencillamente brillar con su propio resplandor.»

La censura contenida en este párrafo es quizá demasiado severa, y yo no admito el cargo de trivialidad dirigido á Bellini. La crítica de La Fage es más exacta después cuando elogia la sensibilidad de que están impregnados los cantos del compositor. «Tomad, dice, al alzar, algunos de esos cantos que son populares, como el *Vieni tu meco, ó misera!*—*Sopra il sen la man mi posi.*—*Prendi, l'annel ti dono.*—*Norma de' tuoi rimproveri.*—*In mia man al fin tu sei*, y muchos otros; por poca alma que tengais, procurad cantarlos con alguna intención, y si no sentis su mérito, dignos sois de compasión.»

Estas palabras me parece que refutan de antemano y victoriosamente ciertas críticas producidas después, y entre las cuales citaré los siguientes párrafos de un folletín publicado recientemente por M. Fetis, hijo, en *L'Independence Belge*, á propósito de una representación de la *Sonnambula*:

«Si hay óperas, dice el crítico, que parecen desafiar la acción del tiempo y destinadas á conservar eterna frescura, hay otras que envejecen prematuramente. Bajo este punto de vista, la *Sonnambula* es, por lo menos, centenaria; algunos bellos motivos melódicos, algunas frases llenas de sentimiento no compensan la extremada pobreza de la forma; nada hay tan infeliz como los pobres y torpes recursos armónicos de la instrumentación de esta partitura. Modulaciones, sonoridades, combinaciones rítmicas, todo es una indignidad que aflige. Gretry, que tanto miedo tenía á colocar el pedestal en la orquesta, y que se hubiera visto muy embarazado para componer de distinta manera que como lo ha-

cia, era un pozo de ciencia comparado con Bellini. Su instrumentacion débil al ménos se adaptaba al canto, miéntras que en la *Sonnambula* no hay un solo acorde que se ligue á la frase melódica, que la sostenga y que la complete.

No somos partidarios del desarrollo escénico de la forma; no queremos que la orquesta cubra las voces y las combinaciones instrumentales absorban la atencion con detrimento de la escena; pero no podemos admitir que el compositor se muestre ignorante de las reglas de su arte y que imagine basta para componer una ópera tener inspiraciones melódicas. No es pintor quien sabe inventar un asunto y componerlo, pues necesita además la práctica del lápiz y del pincel.—XX.»

Limitémonos á señalar una tendencia sensible, cuyos resultados serian deplorables. No nos cansaremos de decirlo: en materia de arte, el sentimiento, la sensacion, tienen primacia sobre la reflexion. Por ello preferimos siempre la idea á la forma, aunque merezcan todas nuestras simpatias las obras en las cuales un justo equilibrio de ambas condiciones impida que ninguna de ellas sea sacrificada.

IV.

La censura hecha por Adriano de La Fage es fundada, y Bellini ignoraba por completo el arte de aprovecharse de una idea y de sacar todo el partido posible y de hacerle producir todos sus desarrollos.

Al llegar á este punto, no estarán demas algunas reflexiones sobre el saber musical, y, por tanto, sobre el estilo.

Las gentes sencillas que se entretienen en burlarse de los músicos sabios, ó que llaman tales, porque con frecuencia hacen como el mono de la fábula que tomaba el Pireo por un hombre, no advierten que precisamente á esa ciencia de que hacen tan poco caso deben algunos de sus más vivos goces.

Lo esencial en música no es tener incesantemente ideas, porque entónces los artistas de cuarto orden serian preferidos á los hombres de genio, sino saberlas expresar, y el compositor que constantemente presentara frases melódicas nuevas, que hiciera suceder sin descanso periodos á periodos, conduciría rápidamente á sus auditores á la saciedad por muy inspirado que fuese.

El gran arte, por el contrario, el arte verdadero, el arte difícil, pero infalible en sus resultados, consiste en el talento que el artista puede emplear en el desarrollo de una fórmula melódica feliz. Despues de hacerla oír por completo, para que pueda apreciarse su gracia, valor y elegancia, la dejará escapar un instante, y, ayudado por un artificio ingenioso, la reproducirá en una tonalidad nueva, con gran satisfaccion del auditorio atento. Cuando crea que

una voz ha usado bastante el *motivo*, lo pondrá en otra para que nuevamente resulte en relieve; le hará emigrar á la orquesta, lo distribuirá sucesivamente á uno ú otro instrumento, sea cambiando la tonalidad, sea modificando la armonía en que descansa, sea variando los ritmos que le acompañan. Y no basta esto: cuando juzgue el motivo suficientemente oído, adoptará otro, disponiéndole de igual suerte, aunque, por regla general, con ménos desarrollos, hasta que juzgue oportuno volver al primero.

Cuando esté seguro del nuevo placer que el auditorio debe experimentar á la vuelta de éste, restablecerá el primitivo diseño, primero por fragmentos y de un modo fugitivo, como coqueta que enseña la punta del pié para que se desee ver toda su persona. Así excita el deseo que quiere satisfacer, reservándose escoger el momento conveniente para presentar la idea madre en todo su esplendor, con los acompañamientos que deben hacerla brillar de un modo más completo que anteriormente, encaminándose á grandes pasos hácia la peroracion de la pieza durante la cual ha tenido excitada la atencion del público, agujoneada sin cesar y haciéndola marchar de sorpresa en sorpresa.

Esto es lo que, empleando una frase absurda que en realidad es un contrasentido, pudiera llamarse música *sábía*. Esta es la música que con frecuencia han escrito Mozart, Cimarosa y Rossini, á pesar de que la riqueza y valentia de su imaginacion les permita obrar de un modo distinto: nuestro Herold ha seguido igual conducta, y para presentar un ejemplo convincente, que todos recuerdan, citaré entre las piezas notables por la forma escritas por grandes artistas, el precioso trio del primer acto del *Songe d'une Nuit d'été* de Ambrosio Thomas, que es modelo en su género. Mr. Grisar que, si bien de segundo orden, es un músico inspirado, aunque poco abundante de ideas, ha presentado muestras de este estilo, que es el verdadero estilo musical.

Esto es lo que Bellini, á causa de su instruccion incompleta, ignoraba en absoluto. Por ello, cuando abandonaba un motivo melódico no volvía á ocuparse de él, desconociendo el arte de desarrollarlo con éxito, y si por acaso le hacía aparecer de nuevo, se servía torpemente de él, no sabiendo encontrar para reproducirlo un artificio ingenioso, una entrada original, una combinacion feliz que atrajera y sorprendiese agradablemente al auditorio.

ARTURO POUGIN.

(Concluirá.)

LA VERDAD SOBRE LA RECOMPOSICION DE LAS IMÁGENES.

EL OJO.

Puede compararse este órgano, según las diversas partes de que consta, á una cámara oscura: como en esta, las imágenes formadas sobre la retina se hallan realmente invertidas, lo cual está demostrado por todos los tratados de física.

Mas lo que no ha sido demostrado es la reconstrucción de estas imágenes, es decir, por qué no las vemos invertidas. Esta cuestión ha ocupado mucho á los físicos y á los fisiólogos, habiéndose expuesto no pocas teorías para explicarla.

Unos, en cuyo número debe contarse á *Buffon*, han admitido que es por el hábito, y en virtud de una perfecta educación del ojo, por lo que vemos derechos los objetos.

Otros sostienen que nosotros lo vemos todo invertido, y no solamente un objeto entre otros; nada puede parecer invertido porque nos faltan términos de comparación. Tal es la opinión de *Müller*, *Volk-mann* y otros.

Otros opinan que nosotros determinamos la posición real de los objetos, siguiendo la dirección de los rayos luminosos que emiten; estos rayos se cruzan en el cristalino; el ojo ve cada punto del objeto respectivamente en su dirección, y, por consecuencia, nos parece derecho el objeto. Así pensaba *Alembert*.

Fuerza es convenir que ninguna de todas estas teorías es satisfactoria. Yo afirmo que la imagen producida en la retina no es la imagen que nosotros miramos. Nosotros no vemos los objetos invertidos, porque no miramos en nuestro ojo. Esta imagen invertida nos revela la presencia del objeto. El ojo nos muestra al exterior, en la dirección de los rayos luminosos, hasta sobre el objeto mismo, la imagen que impresiona la retina. Cada punto es al instante referido al objeto, lo que hace que veamos éste, pero derecho entonces.

Lo pruebo mediante sencillos experimentos, y razono los hechos. Si mi demostración es laboriosa, es porque tengo que combatir diversas preocupaciones. Es siempre muy difícil deshacerse de una antigua opinión, como de un inveterado hábito. Mas lo que me da grande esperanza de deshacerlos pronto, es que mi demostración se dirige á los que marchan á la cabeza de la ciencia, siempre ávidos de la verdad, pero también los primeros siempre en saludarla cuando se les muestra con evidencia.

EXPERIMENTOS. Se toman dos láminas, la una negra y brillante, de papel ó tela encerada, y la otra de papel blanco. Sobre la negra se coloca una recortadura cualquiera de papel blanco de unos 0,10 centímetros de altura por 0,07 de ancho, la letra A,

por ejemplo. En la pared bien iluminada de una habitación se coloca la primer lámina, á la altura poco más de los ojos. La otra lámina, en cuyo centro se pondrá un punto negro, se puede colocar al lado de la primera ó en la pared cercana, procurando que no esté muy retirada y sobre poco más ó menos á la misma altura. Hecho esto, se coloca el que haga la experiencia en frente y á unos 0,45 centímetros de distancia de la lámina negra, mirando fijamente á la recortadura, ó sea la A, con la vista puesta en el punto central de esta. Después de haber permanecido en dicha posición de 50 á 60 segundos, se coloca uno con toda prontitud delante de la otra lámina, guardando poco más ó menos la misma distancia. Se fija la vista con igual atención en el punto del centro, y, pasados algunos segundos, comienza á verse una aparición sobre la lámina, aparición que un instante después está en su apogeo: se distingue entonces perfectamente como una sombra muy intensa la silueta derecha de la letra A, que desaparece en seguida. Haciendo el experimento con una cortadura negra sobre una lámina blanca, la aparición será entonces blanca; sobre el rojo el espectro es verde; el naranjado lo da azul; el violado, amarillo, etc.

Para hacer clara la explicación de este fenómeno, supongamos por un momento que en vez de ponernos delante de la lámina negra, hubiéramos encargado al aparato fotográfico sacar la prueba de la recortadura ántes dicha, y hubiésemos observado atentamente la marcha de la operación. Sabemos ya que al comienzo veríamos la imagen invertida y de color verdadero, blanco como el objeto. Insensiblemente se convertiría en negativa, es decir, negra, y continuando así, este negro se haría cada vez más subido.

Mas conviene notar que el ojo ha hecho aquí absolutamente lo mismo; á fuerza de fijarse en el objeto, el color de la imagen de este pintada en la retina ha sido en un principio el verdadero, y después é insensiblemente se ha hecho negativa la imagen, y por esto mismo se ha fotografiado momentáneamente en la retina. Se puede ver el *cliché*, no en el ojo, por ser imposible mirar en él, mas todo lo cerca posible. Este órgano tiene la particularidad—que, bien comprendida, nos va á servir de base para esta demostración—de llevar á fuera, para que lo podamos ver, todo lo que impresiona la retina. Para ver esta negativa, después de haber fijado el objeto como ántes, se cierran al punto los ojos, y aún se ponen las manos sobre los párpados con el fin de hacer la oscuridad tan completa como sea posible. Pronto se verá la prueba negativa excesivamente negra. Este experimento es el mismo que se acaba de hacer; el espectro es el mismo que se ha proyectado sobre la lámina; si se le ve más

negro, es porque ha sido visto en la oscuridad. Si lo hacemos ver ahora más cerca, es para convencernos de su origen, pues este es el punto esencial, el que en cierta manera debe decidir del éxito de la demostración. Ese espectro tiene sucesivamente un origen que importa conocer.

Hay quienes dicen: Esto es un error del ojo, una ilusión; el ojo cree ver y no ve nada. Otros dicen que es la retina que, fatigada de fijarse en el mismo objeto, parece reaccionar con esta impresión pensosa, haciéndonos ver el objeto con otro color.

A los primeros respondo que se ignora generalmente una cualidad de este precioso órgano; que es más perfecto y menos sujeto á error de lo que se piensa; pero, por desgracia, no siempre se le comprende. En el presente caso decimos que el error proviene más bien de nosotros. ¡Cómo! ¡este ojo nos hace sentir que sufre porque le obligamos á fijarse por mucho tiempo en el mismo objeto, y por esta segunda experiencia nos muestra que se halla afectado por un color que le fatiga, color producido por una descomposición del humor en la retina, y decimos que se engaña, que está en el error y que esto es una ilusión! ¿Es razonable pensar así de ese órgano que tiene la facultad de hacérselo sentir, y, lo que es más aún, de hacérselo ver? Esto es absolutamente como si á un desgraciado que forcejease en el agua y nos pidiese socorro para no ahogarse, le dijésemos por toda respuesta: «Eso es un error, una ilusión; tú crees ver agua, pero no la hay.»

A los otros digo que no hay efecto sin causa. El ojo no puede mostrarnos un color que no ve ni tiene; así, ahora nos muestra lo negro, la negativa del objeto; luego está afectado por ella. Mas ¿cómo el ojo puede mostrarnos lo contrario de lo que se le hace ver? ¿De dónde toma esta negativa? Afirmando que esto se verifica por el mismo medio que en el aparato fotográfico. La imagen en la retina real, en un principio, viene á ser, por un exceso de permanencia, una imagen negativa, absolutamente como la prueba sobre la placa sensibilizada del fotógrafo; lo que hace comprender que la retina está sensibilizada por el humor.

Mas queda todavía una duda á este respecto. Fuerza es preguntar si este perfecto acuerdo del ojo con la cámara del fotógrafo, con respecto á este color y á esta negativa, es igual para todo otro color y negativa. Respondo entónces que esto es mucho exigir, porque sí podría suceder que difiriendo esencialmente el humor de la sustancia que sirve para sensibilizar la placa del fotógrafo; influyera notablemente sobre el color de la negativa ó del espectro. Mas, por fortuna, no sucede así; pues los mismos colores y negativas suministradas por el aparato, lo son también por el ojo. Por consiguiente, el espectro no es otra cosa que la imagen sobre la retina convertida en negativa; y esta segunda expe-

riencia prueba de una manera incontestable que el ojo nos la muestra al exterior.

Vamos á deducir ahora de esto que la imagen real es enviada al exterior hasta el objeto mismo.

Es, pues, evidente que desde el momento en que se aparta la vista de la primera lámina para fijarnos sobre la de proyección, se lleva consigo la prueba negativa del objeto; por la misma razón que la imagen llega invertida á la retina, vemos la negativa invertida en la lámina. Este fenómeno, producido por un exceso de permanencia, se nota también en el objeto al momento de separarle. Al principio, la imagen en la retina es del color verdadero; pero insensiblemente se convierte en negativa. Pero también en un principio la imagen real es referida al objeto, siguiendo la dirección de los rayos luminosos y juxtapuesta sobre la realidad para confundirse con el objeto mismo. En esto es en lo que es preciso fijarse; aquí la verdad está oculta: ¿por qué? ¡Por la verdad! La imagen se halla colocada aquí sobre el objeto mismo, y nosotros no podemos percibirla. Si fuera menos perfecta, aunque fuese obra de uno de nuestros grandes artistas, la distinguiremos bien aunque no fuera más que en la tela. Sí; precisamente porque no tiene tejido y está resplandeciente de verdad, como obra que es de la naturaleza, es por lo que se confunde perfectamente con el original. Mas después de algunos instantes de fijeza, la retina, ya fatigada, nos da una imagen alterada que muy pronto será negativa; no puede ya darnos la verdad, por lo que el objeto comienza á oscurecerse y se distingue en él como una sombra. Pero esto es un espectro de la misma forma que el objeto. Luego la imagen verdadera es en un principio referida al objeto; en seguida, é insensiblemente, llega el turno á la imagen negativa, la cual es tanto más intensa cuanto más tiempo se fija la vista en el objeto. Si-guese de aquí que el retorno es constante, es decir, que en tanto que se mira fijamente al objeto, los mismos rayos luminosos que vienen á dibujar la imagen invertida sobre la retina vuelven á llevar á este mismo objeto la imagen de la retina, ya sea verdadera ó negativa. Mientras que la imagen sea referida al objeto con fidelidad, no puede percibirse, porque naturalmente lo blanco no resalta sobre lo blanco, no viéndosela más que cuando se hace negativa y el color de ésta se destaca sobre el del objeto; al paso que cuando uno se fija en un objeto cualquiera como de costumbre, la imagen de la retina no tiene tiempo de alterarse y llega allí con la rapidez de la luz; cada punto, referido al instante al objeto mismo siguiendo la dirección de los rayos luminosos con igual velocidad, nos lo muestra entónces con todos sus colores y sin alteración, es decir, el objeto verdadero y derecho. Esto es lo que se quería demostrar.

Mi tarea ha concluido. No tengo que probar en qué medida contribuye la imagen sobre la retina á dar la noción á nuestros sentidos; si continuo, es para responder á una objecion que se me ha hecho, y que es como sigue: Mas si no vemos la imagen que se forma en la retina, ¿cómo dar á nuestros sentidos la noción de las formas y de los colores? Se comprenderá que podemos adquirir esta noción por otros medios, por ejemplo: ¿no nos sucede á todos pensar en un amigo que se halla ausente, pareciéndonos que está delante de nosotros? ¿Y no se nos presentan, además, cuando soñamos ó somos acometidos de alguna pesadilla, personajes imaginarios, informes? Y sin embargo, no tenemos en la retina la imagen de esas escenas ni de esos personajes.

Se debe observar, no obstante, que mi demostracion no excluye ninguno de los medios que dan la noción á nuestros sentidos; al contrario, suministra á la fisiología un elemento más, pues mientras que las otras teorías sólo conocían la imagen en la retina para dar la noción, por la misma se tiene además el objeto que vemos, que está en relacion constante con la imagen pintada en la retina.

CÉSAR OGER, *arquitecto*.

(*Les Mondes*.)

UN FRANCÉS ENTRE LOS SALVAJES DE LA AUSTRALIA.

Un corresponsal australiano del *Times* le comunica una curiosísima noticia. Se trata de un joven francés, encontrado entre los indígenas de la isla de la Noche, situada al Nordeste de la provincia de Queensland, en Australia, por un buque inglés, el steamer *John Bull*. Habiendo bajado el 11 de Abril anterior los marineros del mismo á hacer aguada, vieron á un hombre blanco en el bosque entre muchos negros, y al día siguiente consiguió el capitán la entrega del mismo, mediando ántes regalos y amenazas, y no sin oposicion por parte del blanco, el cual no parecía querer abandonar á sus salvajes compañeros, pero tampoco resistir á los ingleses. Conducido á Somerset, donde fué bien tratado, vestido y cuidado, poco á poco se fué domesticando, y por fin declaró ser francés y saber leer y escribir. Al principio de su residencia en Somerset conservaba cuantas costumbres habia adquirido durante su larga permanencia entre los salvajes, de quienes tenía los modales, observando todo lo que le rodeaba con aire inquieto y curioso á la vez, como hacen los pájaros posados en una rama. Su figura es pequeña, y grueso, y su piel, de un blanco rojizo, está ennegrecida por el sol, al cual ha esta-

do expuesto por entero, habiéndose pintado en el pecho dos líneas horizontales y paralelas; sobre éstas, cuatro rayas á cada lado, también horizontales, y una especie de parrillas en el brazo derecho. El lóbulo de la oreja derecha, agujereado y alargado dos ó tres dedos, tenía en el agujero un círculo de madera del tamaño de un duro; y la nariz, también agujereada, sostenía un pedazo de nácar.

Con el tiempo ha podido este desgraciado volver á hablar francés y contar su historia. Se llama Narciso Pelletier, nació en Saint Gilles, en la Vendée, y se embarcó á los doce años en el buque bordelés *San Pablo*, en calidad de grumete. Habiendo naufragado este buque en 1858 en la isla Rossel, del archipiélago de la Luisiada, desembarcaron y dejaron en un islote á los 350 coolíes chinos que conducía á bordo, y la tripulacion trató de llegar á Australia, sufriendo mucha hambre y sed en la travesía. Desembarcados cerca del cabo Direccion, en la parte de Australia no colonizada por los ingleses, hallaron en sus cercanías un agujero lleno de agua, pronto agotada, sin que el pobre grumete hallara ninguna cuando llegó, y como además se había estropeado los piés en el arrecife, no pudo volver á bordo y fué abandonado, permaneciendo en aquel sitio tres días, al cabo de los cuales, y casi sin conocimiento ya, fué encontrado por tres hombres y dos mujeres negros, quienes le dieron de comer una fruta parecida á avellanas, llevándole despues á su tribu, la cual le adoptó, permaneciendo en ella diez y siete años.

Aun cuando era muy bien tratado por los australianos, Narciso Pelletier se creía muy desgraciado, y pensaba con tristeza en su familia, á la cual no pensaba volver á ver jamás. Al cabo de algun tiempo, y gracias á su juventud, el pobre niño se habituó á una suerte acaso menos desgraciada que la miserable existencia de un grumete, á bordo de un buque destinado á la trata de chinos, y llegó á compartir las penas y las alegrías de los salvajes, como si hubiera nacido entre los mismos, los cuales le tenían por hijo adoptivo.

Los *Macadama* no tienen ni reyes ni jefes; no conocen el matrimonio, practicando la promiscuidad, tanto más fácil, cuanto el número de mujeres es superior al de los hombres; aquellos son tan poco considerados que, cuando uno de estos se cansa de una mujer, la mata de un lanzazo; á pesar de cuya costumbre no son malos, sino al contrario, buenos y pacíficos, no existiendo entre sus tribus ni el infanticidio ni el canibalismo, lo cual demuestra otra vez la justicia de la observacion de M. Carl Vogt y mia, que la antropofagia es desconocida por los pueblos primitivos, coexistiendo con cierto grado de civilizacion.

Los hombres van completamente desnudos, pero las mujeres llevan una especie de vestido hecho con largas tiras de filamentos vegetales; cortan mucho sus cabellos y se pintan los pechos. Su alimentación consiste en pescados, tortugas, huevos de cocodrilo, mariscos, frutas y raíces; algunas veces cazan, pero prefieren pescar, ó mejor harponar el pescado, pues desconocen el uso de anzuelos y redés y construyen barcos groseros y pesados. Las mujeres recogen las frutas y raíces, y los hombres pescan. En cuanto á sus supersticiones y creencias religiosas, Narciso Pelletier no conoce ninguna, excepto cierto culto por los muertos, á los cuales envuelven, á manera de momias, exponiéndolos despues á la acción del sol sobre árboles ó andamios. Su lenguaje no tiene nada de comun con el Papu, y carece de sustantivos.

No construyen ni casas ni cabañas, preservándose de la lluvia bajo ramas y hojas, y son nómadas, reuniéndose alrededor de grandes fuegos encendidos frotando dos pedazos de madera.

GIRARD DE RIALLE.

EL MERCADO DE ESCLAVOS EN ZANZÍBAR.

Nadie ignora que la ciudad de Zanzíbar es uno de los más activos centros del vergonzoso tráfico llamado trata de los negros.

A pesar de los esfuerzos de las potencias europeas, la esclavitud, esa plaga del Africa, existe sin contradicción en los Estados del sultan Said-Barcash, y, contra los deseos de éste, sus súbditos poseen y poseerán esclavos por mucho tiempo.

Queriendo un dia visitar el mercado de género tan extraño, acompañado de un guía inteligente en la materia, y en otro tiempo comerciante en *madera de ébano*, hombre, por otra parte, excelente, entramos, al salir del puerto, en una calleja estrecha, capaz no más de permitir el paso simultáneo á dos personas, cubierta de una espesa capa de polvo nauseabundo, y formada por dos hileras de casas de pesada arquitectura con una sola y pequeña puerta, construida como para ocultar los misterios del interior, misterios muy poco gratos, á juzgar por el aspecto del exterior. Despues de recorrer unas cuantas calles parecidas á la primera, desembocamos en una plaza polvorienta y sin defensa alguna contra un sol ardiente.

Un centenar de negros sentados y riendo á carcajadas en cuanto nos vieron, mostrándonos unos dientes de una blancura deslumbradora, era la mercancía. Los mejor vestidos llevaban un pedazo de tela anudada á la cintura, y algunos habian desfigurado, por medio de horribles pinturas, su fealdad primitiva,

sin duda con el objeto de embellecerse. Todos presentaban el tipo más acabado de la bestial raza de Cham, con su frente aplastada y estrecha, su mandíbula inferior saliente, sus gordos y abultados labios, su gruesa y chata nariz con las aberturas enormes, sus alargadas orejas llenas de agujeros con huesos aguzados en ellos, y sus ásperos y lanudos cabellos cubiertos de grasa rancia y pestilente. No pudo ser más extraña nuestra impresion cuando los vimos, pues sus fisonomías, alegres ó indiferentes, confundieron las ideas que teníamos preconcebidas.

Aun cuando generalmente no se permite á los infieles ver á las mujeres, una moneda hizo desaparecer todos los obstáculos, y entramos en una pieza grande, en la cual estaban acostadas unas treinta criaturas disformes, tristes muestras del bello sexo en aquel país, la mayor parte completamente desnudas, confundiéndose allí la degradacion de la mujer con la indiferencia del animal.

Pero más asqueroso aún que dicho cuadro, era la vil y baja figura del sér que guardaba y nos elogiaba su mercancía con una brutalidad y un cinismo increíbles.

Una de las negras, llamada Fatma, jóven de quince años, nos inspiró interés por su color ménos negro que el de las demas, por leerse en sus ojos algunos reflejos de inteligencia y por su coquetería al envolverse en un trozo de tela azul al clavar en nosotros sus curiosas miradas. Quisimos comprarla, pero el dueño, sin duda con oculta intencion, nos dijo que no la vendía, y nos alejamos, regalando á Fatma un brazalete de cuentas de vidrio, el cual se puso con infantil alegría.

Mucho tiempo se ha creído que la trata era, si no el único, por lo ménos el móvil principal de las continuas guerras entre los diversos pueblos de Africa; y así sucedería acaso en la época del tráfico libre, en la cual dicho comercio habia adquirido una extension inmensa; pero desde hace cuarenta años el número de negros embarcados por los negreros es muy pequeño para explicar esas luchas perpetuas, en las cuales el prisionero, ántes vendido, es ahora sacrificado. Se ha observado que existe un gran movimiento de emigracion desde el centro de Africa hácia las costas, el cual empuja á las tribus del interior hácia el mar, y esta es la verdadera causa de estas guerras interminables; pues las tribus marítimas, demasiado débiles para luchar contra la inmensa presión venida del interior, retroceden constantemente, resistiendo, y concluyen por ser exterminadas y ceder su territorio á los vencedores, los cuales, á su vez, y por iguales causas, desaparecen despues.

H. CAPITAINE.

LA COLORACION DE LOS VINOS

POR EL ROJO DE ANILINA.

Las sales de anilina, que suministran al arte del tinte tan hermosos y variados colores, sirven tambien algunas veces para usos reprobados. Algunos fabricantes emplean el rojo de anilina para la coloracion de los vinos, con objeto de acentuar su color y darles hermoso aspecto; y lo hacen con tanta más economía, cuanto que una pequeña cantidad de dicha sustancia basta para colorar un volúmen considerable de vino. Los químicos vienen haciendo experimentos sobre los medios de investigar y conocer este fraude, y felizmente se ha descubierto uno muy sencillo. Hélo aqui:

Se vierte en un vaso el vino que se quiere analizar; se le aumenta amoniaco, que le quita su color y le comunica un matiz verde sucio. El líquido obtenido de este modo se vierte en un largo tubo cerrado por una de sus extremidades; se le añaden algunos centímetros cúbicos de éter sulfúrico, y se agita fuertemente volviendo el tubo varias veces lo de arriba á abajo y viceversa. Despues de esta operacion se le deja reposar algunos minutos. El éter nada sobre el líquido, y se recoge con ayuda de una pipeta, añadiéndole despues algunas gotas de ácido acético. Si el éter toma inmediatamente un tinte rojo, se puede asegurar que el vino tenía rojo de anilina. En el caso contrario, el éter permanece incoloro.

Como se ve, esta reaccion es muy sencilla y de una ejecucion facilísima, por lo cual la creemos de gran importancia, y la recomendamos á los traficantes y aún á los particulares para que no se dejen engañar por la mala fe.

GASTON TISSANDIER.

MISCELÁNEA.

Un descubrimiento muy curioso, dice la *Ciencia para todos*, se ha hecho recientemente en una isla del Misissipi, el cual viene á probar que el arte de la cirugía mecánica no era desconocido á los naturales de América.

En una caverna submarina, en lo más profundo de una roca, se ha encontrado un gran número de objetos notables: un cráneo de bronce, una nuez pulimentada, trabajados con gran arte, así como varios otros objetos de un uso más vulgar, entre los cuales se encuentra un esqueleto completo con una pierna de madera. Las ligaduras de esta pieza artificial consisten en tiras de cuero y bronce petrifica-

das, y la pierna parece haber sido articulada entre la cadera y la rodilla.

Este descubrimiento, extremadamente interesante, prueba no sólo que el roble se utilizaba en los tiempos más remotos, sino tambien que el bronce mismo servia á los pueblos primitivos de la América.

Sobre el techo de la fábrica de Siemens-Halske, en Berlin, se ha ensayado recientemente un nuevo aparato piroeléctrico. Concurrian al acto muchos sabios, oficiales de artillería de la comision de experimentos del arma, oficiales de ingenieros y de marina. El aparato, que se mueve por una máquina locomóvil, produce una luz intensísima que á una milla de distancia permite leer la escritura ordinaria. Colocóse delante del aparato un espejo inclinado sobre el horizonte para reflejar hácia el cielo los rayos luminosos, proyectando hácia las nubes un rastro de luz que desde léjos parecía un cometa, en el que aparecían las señales hechas delante del espejo. Este aparato va á ser colocado en el polígono de Tegel para continuar los experimentos, y la administracion militar piensa adquirir varios aparatos de estos para los servicios de guerra y marina. En el polígono de Tegel se han iluminado por medio de la luz proyectada por este aparato blancos colocados á 1.000, 1.500, 2.000 metros y á mayores distancias aún, pudiéndose convencer de la excelente accion del mismo, tanto en el punto donde estaba colocado, como en la parte iluminada.

El *Glasgow Herald* da cuenta de diferentes experimentos de roturacion de terrenos forestales verificados por medio de la dinamita: una comision de agricultores ha realizado estos experimentos en Hilton, con objeto de aplicar ulteriormente el método en los terrenos forestales del Canadá. La explosion de los cartuchos de dinamita introducidos en un agujero, bien en los troncos de los árboles más gruesos, bien en las piedras ó rocas que se encuentran á cierta profundidad, produce un quebrantamiento general de la capa superficial del terreno y el fraccionamiento suficiente de las raíces y de las piedras para moverlas y quitarlas despues sin gran trabajo. La economía que resulta de este método, comparativamente al empleo de fuerza y dinero que exige la roturacion por los medios usuales, es considerable, tanto á causa de la poca mano de obra necesaria, como de la rapidez de la operacion.